

NOMBRE DEL TRABAJO

**DEMO Cómo Citar en APA I Informe Anti  
plagio.docx**

AUTOR

-

RECUENTO DE PALABRAS

**17530 Words**

RECUENTO DE CARACTERES

**95780 Characters**

RECUENTO DE PÁGINAS

**46 Pages**

TAMAÑO DEL ARCHIVO

**67.5KB**

FECHA DE ENTREGA

**Oct 6, 2023 6:12 PM GMT-3**

FECHA DEL INFORME

**Oct 6, 2023 6:13 PM GMT-3****● 72% de similitud general**

El total combinado de todas las coincidencias, incluidas las fuentes superpuestas, para cada base de datos.

- 72% Base de datos de Internet
- 0% Base de datos de trabajos entregados

**● Excluir del Reporte de Similitud**

- Material bibliográfico
- Material citado
- Fuentes excluidas manualmente
- Material citado
- Coincidencia baja (menos de 15 palabras)
- Bloques de texto excluidos manualmente

**Comportamiento colectivo y movimientos sociales: un reto  
para la Psicología Social**

La presente exposición pretende condensar los aspectos que pueden resultar más sugestivos para el psicólogo social que se hallan contenidos en el manual Comportamiento colectivo y movimientos sociales. Un enfoque psicosocial (Javaloy, Rodríguez y Espelt, 2001). El libro pretende ofrecer una visión global del comportamiento colectivo y de los movimientos sociales, tarea que había sido emprendida anteriormente en el marco de la sociología pero había quedado ampliamente desatendida por la psicología social académica, especialmente en lengua española. El trabajo guarda correspondencia con las tres partes en que se halla estructurado el libro, centrandose su análisis en la primera parte (fundamentación científica del campo estudiado) y en la tercera, referente a los movimientos sociales. De la segunda parte, sólo se mencionan aquí algunas aportaciones psicosociales provenientes de la investigación grupal que pueden ser consideradas la más importante contribución de la psicología social experimental al estudio del comportamiento colectivo y de los movimientos sociales. Se enfatiza también la relevancia social del campo estudiado, tratándose de ofrecer el reflejo de una sociedad en proceso de globalización en algunos de sus aspectos más problemáticos, como la crisis ecológica, el sexismo, el terrorismo y las desigualdades sociales.

**Palabras clave:** Comportamiento colectivo acción colectiva movimientos sociales identidad social globalización

The present exposition tries to condense the aspects dealt with in the textbook *Collective Behavior and Social Movements. A Social-Psychological Approach* (Javaloy, Rodriguez and Espelt, 2001) that can be more suggestive for the social psychologist. The book attempts to offer a global vision of collective behavior and social movements, task that had been undertaken previously within the framework of sociology but widely neglected by academic social psychology, specially in the Spanish language. The work keeps correspondence with the three parts in which the book is structured, our analysis focusing on the first part (scientific foundation of the field) and on the third one, referring to the social movements. Of the second part, only some social-psychological research on groups is mentioned that can be considered the most important contribution of experimental social psychology to the study of collective behavior and social movements. The social relevance of the field is also emphasized, trying to offer a reflection of the globalizing society in some of its more problematic aspects, such as ecological crisis, sexism, terrorism and social inequalities.

**Keywords:** Collective behavior collective actions social movements social identity globalization

## Índice

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	5
<b>METODOLOGÍA</b> .....	9
<b>Planteamiento del problema de estudio</b> .....	9
<b>Propósito general</b> .....	13
<b>Enfoque metodológico general</b> .....	16
<b>MARCO TEORICO</b> .....	18
<b>La personalidad y sus correlatos culturales</b> .....	19
<b>Las clases sociales como mediadoras del desarrollo social</b> .....	21
<b>La construcción social de la identidad social</b> .....	23
<b>La construcción social de las relaciones adaptativas en la familia</b> .....	24
<b>Desarrollo social y personal como inversión</b> .....	25
<b>Identities múltiples y relaciones interculturales</b> .....	26
<b>DISCUSIÓN</b> .....	28
<b>Resumen y discusión de los principales hallazgos</b> .....	28
<b>Limitaciones y consideraciones para políticas públicas</b> .....	37
<b>CONCLUSIÓN</b> .....	41
<b>REFERENCIAS</b> .....	43

## INTRODUCCIÓN

3 Comprender desde una óptica psicosocial los fenómenos colectivos es el objetivo fundamental del presente trabajo. Para llevar a cabo este empeño el autor se sitúa en una posición no experimentalista, considerada por su parte la más idónea para abordar estos temas. Reclama así mismo, la interdisciplinariedad de la psicología social colectiva para acometer con éxito este objetivo. De la lectura de esta obra se desprende el esfuerzo por enfatizar las funciones sociales constructivas que las masas han tenido a lo largo de su historia y ofrecer, de esta forma, una visión más positiva de las mismas de la que se les ha supuesto. El libro se divide en tres grandes bloques de cinco capítulos; cada uno de ellos comienza con una atractiva introducción, lo que hace que el lector se sienta rápidamente interesado e inmerso en la problemática que a continuación se expone. Es de agradecer igualmente el breve resumen que, a modo de conclusiones, cierra cada capítulo facilitando la comprensión del lector.

Los aspectos introductorios e históricos de la psicología colectiva ocupan el primer bloque. En el capítulo primero se analiza la psicología como psicología cultural y colectiva. Desde un principio el autor se inclina claramente por los aspectos culturales e históricos de la naturaleza humana, frente a los de carácter natural o biologicista, tan en boga en los últimos tiempos. El siguiente capítulo proporciona al lector los conceptos básicos de la materia y una revisión histórica de los inicios de esta disciplina a través de las aportaciones de diversos psicólogos sociales. Tomando como punto de partida las consecuencias de la revolución industrial, en el capítulo tercero se realiza un recorrido histórico de los estudios sobre la sociedad-masa, la opinión pública y los medios de comunicación, ya que son éstos y concretamente los poderes económicos y políticos que los sustentan, los constructores de la opinión pública y sustituyen, hasta cierto punto, a la propia realidad. El capítulo cuarto está dedicado a desenmascarar el mito experimentalista de W. Wundt construido a través de la memoria colectiva. Este es quizás uno de los capítulos más interesantes, ya que desde la presente obra se esgrimen argumentos determinantes para que sea considerado precisamente el padre de la psicología social no experimental y no, como lo ha sido durante décadas según la "historia oficial", el de la psicología experimental. El quinto capítulo profundiza en las características definitorias de las masas señalando las causas fundamentales por las que éstas han sido tratadas desde una perspectiva nada positiva, a saber, la visión negativa que han transmitido ciertos autores (Sieghle y Le Bon) y el miedo que todos tendríamos a las multitudes.

El segundo bloque trata de explicar los fenómenos colectivos reflexionando sobre grupos pequeños, fanatismo, personalidad autoritaria, identidad, memoria colectiva y diversas teorías que se han formulado al respecto. Concretamente, la incidencia de lo colectivo en los pequeños grupos y fenómenos grupales como la facilitación social, la holgazanería social, la desindividualización, el pensamiento de grupo y la polarización grupal es analizada en el sexto capítulo. En este sentido, el autor considera que la conducta de las multitudes no difiere sustancial y cualitativamente de la de los grupos pequeños, sino que es sólo una cuestión cuantitativa, por lo que no deberían tener un tratamiento diferenciado. En el capítulo siete se abordan los temas del fanatismo y la personalidad autoritaria, utilizando para adentrarse en ellos la cruda realidad de nuestro siglo (millones de muertos debidos a guerras y revoluciones a pesar de los avances científicos y educativos), que según el autor pondría en evidencia el fracaso del ideal ilustrado. Sin embargo, la idea que aquí se mantiene es que en este siglo no somos necesariamente más violentos que en épocas anteriores, sino que esto podría explicarse a través del fanatismo y la obediencia a la autoridad. Esta reflexión le da pie para señalar la vigencia del constructo de autoritarismo como concepto psicosocial y no simplemente psicológico,; y por ello propone centrar el interés en la sociedad autoritaria, más que en la personalidad autoritaria. Así, el autor nos ayuda a entender muchos de los comportamientos de la sociedad actual, sin duda apasionantes, y sobre los que ha realizado numerosas investigaciones, que pueden encontrar el caldo de cultivo ideal en una sociedad en crisis como la nuestra.

Mostrar la estrecha relación que existe entre comportamiento colectivo e identidad es el objetivo del siguiente capítulo. Ya que la conducta humana es "eminente psicosocial", como nos recuerda el autor a lo largo de toda la obra, serían precisamente los enfoques teóricos que estudian la identidad los más adecuados para explicarla. Para entender muchas de las conductas colectivas (el auge de las sectas, los lavados de cerebro, etc.) hay que tener muy en cuenta las relaciones interpersonales, ya que éstas son el elemento central en la formación de la personalidad. Por tanto, las personas aisladas socialmente no tendrían una personalidad totalmente definida y serían más vulnerables, convirtiéndose en presa fácil para este tipo de organizaciones.

La memoria colectiva se aborda en el capítulo noveno, aproximándose a esta cuestión desde la idea de que el recuerdo y el olvido son inherentemente sociales. La revisión que hace de los clásicos sobre esta materia, le llevan a reafirmarse en la idea de que la memoria colectiva es un aspecto fundamental para entender adecuadamente los

fenómenos colectivos y de ahí su necesaria inclusión en cualquier manual sobre este ámbito. En el capítulo décimo analiza las teorías más relevantes que se han formulado para explicar el comportamiento colectivo. Además de la clasificación de Turner (la teoría del contagio, la de la convergencia y la norma emergente), el autor cree oportuno añadir las teorías del valor añadido de Smelser y de la disonancia cognitiva de Festinger. La conjunción de todos estos enfoques teóricos posibilita el tratamiento comprensivo que precisa esta cuestión.

El tercer y último bloque describe algunos de los fenómenos colectivos más significativos, como la psicología social de los rumores, el lavado de cerebro, el comportamiento colectivo de las sectas, la psicología de las multitudes y la violencia colectiva. Se cierra este bloque con un capítulo dedicado a la psicotecnología. Los rumores centran el interés del capítulo once, analizándose sus características y tipos, métodos de estudio, transmisión y función social que ejercen. Se critica la visión reduccionista que ha caracterizado el tema, al ser estudiado solamente desde una perspectiva puramente psicológica, intentando posteriormente generalizar las conclusiones a los fenómenos grupales. Aquí radicarían, a juicio del autor, muchos de los problemas que han ocupado a los investigadores; como el hecho de que ninguna de las definiciones del rumor, por sí sola, sea completamente satisfactoria. Tampoco se comparte su visión como fenómeno patológico, criticando así mismo la idea de que el rumor sea "transmisión de información falsa", e inclinándose más bien a pensar que la función del rumor es "reflejar un estado social emocional" y no tanto intercambiar informaciones.

El siguiente capítulo trata sobre el lavado de cerebro y el comportamiento colectivo de las sectas. A lo largo del mismo se ahonda en el concepto de secta, su situación, las técnicas de persuasión utilizadas y los procesos de captación e integración. También se señalan algunas técnicas útiles con las que afrontar la persuasión coercitiva que ejercen y así poder liberarse de ellas. El autor pone de manifiesto la necesidad de conocer estos procesos debido a la existencia de importantes diferencias entre los comportamientos dentro de una secta y el comportamiento de las multitudes. Mientras que en estas últimas no se utilizan métodos coercitivos, apenas existen líderes, ni existe una estrategia previa de actuación, en las sectas sí ocurre todo esto y además, su comportamiento es totalmente destructivo tanto para el individuo como para la sociedad.

El capítulo trece se adentra en la psicología de las multitudes. Partiendo de la distinción entre multitudes activas y pasivas, se centra especialmente en las primeras y su comportamiento en las catástrofes. También se analizan en este capítulo cómo vencer y

controlar los pánicos colectivos. La máxima aportación desde la psicología social debe basarse, a juicio del autor, en la prevención, tanto para los desastres como para los pánicos colectivos, ya que una vez que estos procesos se desencadenan, el control resulta casi imposible. La violencia colectiva es estudiada en el capítulo catorce, dedicando un apartado especial a los linchamientos y disturbios. Para entender los linchamientos, el autor analiza algunas de las causas que podrían provocarlos (la necesidad de mantener la supremacía blanca, determinados intereses económicos egoístas o la agresión desplazada). Respecto a los disturbios, el autor critica las teorías de Turner y Killian o Le Bon ya que, desde su punto de vista, cometen el error de considerar únicamente la dimensión individual, en detrimento de la social. Lo que sucedería en realidad no es que el individuo inmerso en una muchedumbre pierda su identidad, sino que su conducta estaría dirigida/ transformada por su identidad social. Así entendería el autor "...que las masas no sean aberraciones, sino que poseen un claro sentido histórico y social, y los disturbios en los que se implican constituyen sus formas de manifestarse y de actuar social e históricamente cuando desde el poder los grupos dominantes no les conceden otras vías de expresión...".

El libro concluye con un capítulo destinado a la psicohistoria, criticando la falta de una relación más estrecha entre la psicología social y la historia. Esta vinculación permitiría un análisis más adecuado y completo de la conducta social y, más específicamente, sobre las motivaciones de las masas protagonistas en distintas acciones colectivas de protesta. El autor combina en este trabajo un lenguaje ameno y asequible a todo tipo de lectores con el rigor académico exigible a un trabajo de estas características. Esta obra constituye, por todo lo mencionado, una gran aportación y, por tanto, lectura necesaria para todos aquellos interesados en psicología social, así como para el público general que pretenda comprender mejor los fenómenos de masas a los que asistimos como testigos en nuestra vida cotidiana.

## METODOLOGÍA

### 1 Planteamiento del problema de estudio

La segunda mitad del siglo XX y lo que va del presente nos ha mostrado que el progreso económico y científico, por sí solos, no han logrado cumplir el ideal humanista de igualdad y bienestar. Antes bien, han redundado en el establecimiento de brechas de desigualdad comparables a épocas que ya creíamos pasadas. Si bien hemos avanzado en materia de derechos, no obstante, la desigualdad de origen socioeconómico ha tenido un aumento exponencial en las últimas décadas y se han resaltado las diferencias entre los extremos de la escala social. La existencia de diferentes posiciones sociales no es algo nuevo sino que se remonta a los orígenes de las sociedades industriales. Pero lo insólito es la desigualdad a la que se ha llegado, tanto en los países desarrollados como en los que no. Así, entre los primeros, Estados Unidos, Gran Bretaña y Singapur son los de mayor desigualdad, con un segmento de mayores ingresos que es ocho veces más pudiente que el inferior (Wilkinson y Pickett, 2009) mientras que en Latinoamérica, la región más polarizada del mundo, los más ricos lo son de 20 a 30 veces (!) más que los más pobres (Ortiz Hernández, López Moreno y Borges, 2007). Pero, ¿Cuál es el costo que representan estas desigualdades para un país? ¿Son sólo económicos? ¿O sus efectos se extienden a otras dimensiones de la vida social y personal, tales como la salud mental? Es evidente que las desventajas en cuanto a la posición social comportan un obstáculo para el acceso a la estructura de oportunidades y amenazan, en los casos extremos, la subsistencia de las personas y, en todos los casos, la posibilidad de un desarrollo humano pleno (Sen, 2000). Esto, sin dudas, representa una indignidad para la vida humana no solo porque efectivamente las personas pueden morir por falta de recursos, sino también porque compromete la subjetividad y la posibilidad de decisión personal al restringir el horizonte de posibilidades de los individuos. En este sentido, la posición que se ocupa en la escala social influye no solo sobre los aspectos materiales de la vida sino también sobre uno de sus bienes más preciados: la salud física y mental (Doyal y Gough, 1991). 10 Al respecto, los organismos internacionales (WHO, 2001, 2002; OMS, 2009) han constatado un aumento importante de los trastornos mentales en las últimas décadas. Estos desórdenes –en particular la depresión y los trastornos de ansiedad– representan un riesgo serio para la vida de las personas, contribuyen significativamente a las discapacidades en la mayor parte de los países y afectan al 20 por ciento de la población (WHO, 2009).

Concomitantemente y en consonancia con la tendencia mundial, se ha observado un aumento del malestar psicológico en nuestro país. En 1980, el cinco por ciento de la población tenía riesgo de sufrir un trastorno afectivo serio (Pagés, Casullo y Vedia, 1982), hoy día esas cifras sobrepasan el 20 por ciento (Czernik, Almirón, Cuenca y Mazzaro, 2005; Festorazzi Acosta, Rodríguez y Lotero, 2008). Pero lo particular de la situación es que desde los estudios pioneros de la década de 1960 se registra una relación negativa entre la posición socioeconómica y la presencia de trastornos mentales (Dohrenwend et al, 1992, 1998; Marmot et al, 1991; Muntaner, Borrel, Benach, Pasarín y Fernández, 2003). Esto es, a las posiciones sociales más altas corresponden los niveles más bajos de malestar psicológico y viceversa. Estos hallazgos llevaron a considerar muy seriamente que la salud mental de las personas depende, en parte, de su posición en la escala social. De estas evidencias se desprende la pregunta principal de este estudio ¿Cómo se relaciona la posición social con la salud mental? La relevancia de esta pregunta de investigación radica en la frecuencia con la que ocurren estos trastornos, lo discapacitantes que pueden ser para la vida personal y social y, por extensión, el impacto que tienen en la vida productiva y en el bienestar de un país. Los trabajos de Wilkinson et al (1996, 2009) han mostrado que en los países desarrollados con mayor desigualdad (EE.UU., Gran Bretaña) hay más personas que padecen trastornos mentales al compararlos con los de bajo nivel de desigualdad, como Japón, España o Finlandia. En cambio, cuando se los compara con países de América Latina con gran polarización (Ortiz Hernández et al, 2007) los datos son semejantes. Por tanto, no es ocioso que la Unión Europea (Eurobarómetro, 2009) y la OMS (2001, 2009) hayan indicado que los problemas de salud mental son una prioridad en materia de políticas públicas. Como se señaló, esta preocupación tuvo su origen en los resultados de investigaciones que empezaron a revelar una asociación consistente entre el nivel socioeconómico y la salud física y mental. En la década de 1980 el Black Report (Townsend y Davidson, 1982), un informe solicitado por el gobierno británico a sus servicios de salud, llegó a una conclusión muy llamativa: los pobres vivían menos y se enfermaban más comparados con los individuos de posiciones más altas. Más aún, una década después, los estudios de Whitehall dirigidos por Marmot et al (1991) comprobaron también que, cuando se comparaba a los empleados públicos, las diferencias en la salud se acomodaban exactamente al escalafón de la jerarquía laboral, haciendo que el bienestar fuera gradualmente mejor a medida que se avanzaba en la escala ocupacional y viceversa. A este fenómeno Marmot lo llamó gradiente social. Estos hallazgos dieron lugar a dos hipótesis principales en cuanto a la relación entre la posición social y la salud: la hipótesis

de la selección social y la hipótesis de la causalidad social (Townsend y Davidson, 1982). La hipótesis de la selección social sugiere que las personas que están genéticamente predispuestas a la enfermedad también lo están a la pobreza, situación que, a su vez, aumenta su riesgo de enfermar. La hipótesis de la causalidad social, en cambio, argumenta que las circunstancias socioeconómicas afectan causalmente la salud. Dentro de esta hipótesis, se han distinguido tres vertientes: las explicaciones materiales, que sostienen que la falta de acceso a recursos materiales es la responsable de las diferencias en salud; las explicaciones conductuales, que ponen el acento en la adquisición y desarrollo de hábitos saludables y las explicaciones psicosociales, que enfatizan el vínculo entorno – persona e incluyen el modelo del estrés social, el del apoyo social y el de la agencia humana, entre otros. A medida que se desarrolló la investigación, los resultados mostraron que la causalidad genética explicaba una parte menor de las desigualdades sociales en salud (Baird, 1994). Esto llevó a pensar que las explicaciones correspondientes a la hipótesis de la causalidad social podían ser más plausibles. No obstante, los estudios mostraron que ni las explicaciones materiales ni las conductuales fueron suficientes para comprender el porqué de dichas desigualdades. (Blane, Davey Smith y Bartley, 1997; Carroll, Davey Smith y Bennet, 1996; Elstad, 1998; Evans y Stoddart 1994; Tarlov, 1996; Vågerö e Illsley 1995, Wilkinson 1996). En cambio, las perspectivas psicosociales resultaron más consistentes e indicaron que el estrés psicológico, la calidad de las relaciones interpersonales y la magnitud de las desigualdades sociales son determinantes básicos de la salud (Elstad, 1998) 12 Pero, ¿qué ocurre en cuanto a la salud mental? ¿se observa el mismo patrón? La evidencia es distinta según se consideren los trastornos mentales graves -como las psicosis esquizofrénicas- o los desórdenes más frecuentes o comunes como la depresión y la ansiedad (Kessler et al, 1995; Kessler, 1997; Laaksonen, 2010; Patel y Kleinman, 2003). Mientras que para los más graves la hipótesis de la selección parece más robusta (Dohrenwend et al, 1992, 1998; Muntaner et al, 2003, 2004), la de la causalidad social resulta más útil para explicar los trastornos mentales frecuentes (Skapinakis, Weich, Lewis, Singleton y Araya, 2006). Pero, al igual que lo observado para la salud física, de las tres explicaciones de que se compone -materiales, conductuales y psicosociales-, las más fructíferas para la comprensión de los desórdenes depresivos y de ansiedad han sido las últimas, sobre todo los modelos del estrés, del apoyo social y de la agencia humana. En el modelo del estrés (Pearlin, 1989; Sandín, 2003) se estudia en qué medida las diferencias sociales propician diversas cantidades y cualidades de experiencias estresantes. En el modelo del apoyo social se analiza de qué manera el

entorno próximo y distal de las relaciones sociales de los individuos puede amortiguar el estrés o intervenir en el bienestar psíquico. Ambos esquemas conceptuales han sido profusamente estudiados y sus hallazgos, si bien consistentes, presentan divergencias en la predicción de los trastornos mentales comunes o frecuentes. Quizá ello se deba, en parte, a que tanto el modelo del estrés como el del apoyo social asumen una determinación socio-estructural sobre el malestar psicológico pero soslayan el carácter activo de la conducta humana. En cambio, en los modelos de la agencia humana y los socio-psicológicos (Aneshensel, 1992), se incluye la consideración de los recursos con los que cuentan las personas para afrontar el estrés. Entre ellos hay que destacar, en términos teóricos, el enfoque de House (1977, 1981, 1990) y los estudios de Thoits (1995) y, en términos empíricos, el modelo socio-psicológico de salud mental de Sánchez Moreno y Barrón López (2003). Estos modelos han supuesto que las diferencias individuales en cuanto a los recursos psicológicos de agencia son de relevancia para la explicación del nexo entre la posición social y el malestar psicológico y, en particular, han estudiado los estilos de afrontamiento y la autoestima personal. Como se verá en los capítulos siguientes, en este estudio se considera a los recursos de control personal y de autoeficacia como expresión de la agencia humana. ¿Por qué se pone el foco en ellos? Porque, esencialmente, se configuran como la expresión psicológica de la libertad personal y avalan la idea de que nuestros pensamientos, afectos y acciones pueden incidir de manera positiva sobre el entorno y las circunstancias vitales. Las investigaciones actuales nos muestran que si bien los humanos estamos biológica, vincular y socialmente constituidos no obstante, no somos seres pasivos entre las determinaciones genéticas y las sociales sino que somos producto y productores de nuestra realidad y contamos con recursos para hacer frente a las adversidades (Fonagy, Gergely y Target, 2007; Lazarus, 2000; Siegel, 2007). Esto nos permite ser agentes de nuestra vida y no meros entes reactivos a estímulos internos y externos. En la misma línea, Bandura (2001, 2006) señaló que la esencia de lo humano es poder ejercitar cierto control sobre la naturaleza y la calidad de la propia vida, vale decir, tener capacidad de agencia. Según el autor las percepciones de control y de autoeficacia constituyen sus rasgos centrales y otros modelos teóricos (Alkire, 2005) y empíricos (Pick y Ruesga, 2006) los han sido reconocidos como tales. En una perspectiva global, la agencia se relaciona con un tema clásico de la sociología: la tensión existente entre la estructura social y la acción individual. Esto es, si la vida está estructurada en formas que están fuera de nuestro control o si las personas tenemos posibilidad y habilidades para incidir en esas estructuras (Mc Anulla, 2002). En un sentido más

específico, se trata de una noción clave tanto para el enfoque socio-psicológico de la salud mental como para las perspectivas social cognitivas de la personalidad (Bandura, 2006; Deci y Ryan, 2001; Rotter, 1966). Tal como se indicó, en esta tesis son de interés los modelos del locus de control –que expresa las expectativas que tienen las personas respecto de poder lograr los resultados que quieren (Rotter, 1966)– y de la autoeficacia que consiste en una evaluación subjetiva de la capacidad que suponen poseer para la consecución de las metas personales (Bandura, 1982, 1997, 2000; Schwarzer, 1992). En este sentido, el concepto de agencia humana representa el espacio de la libertad de los individuos para decidir qué tipo de vida quieren llevar. A pesar de reconocer su importancia, las explicaciones psicosociales de la salud mental rara vez han incluido en sus modelos a estos recursos psicológicos de agencia. En mi opinión, la postulación de un modelo para la explicación del vínculo entre la posición social y el malestar psicológico ha de considerar muy seriamente a estos recursos y no solo a los de carácter estructural. En esta línea pueden plantearse ciertas preguntas básicas para la construcción de un modelo explicativo: 14 (1) ¿es evidente que la posición social se asocia negativamente con el malestar psicológico? Esto es, ¿las diferencias en cuanto a la posición social –y la desigualdad en el acceso al capital simbólico y material que implican– se corresponden con grados diferentes de malestar psicológico? (2) ¿se trata de un efecto directo, o la posición social está mediada por otros niveles sociales y psicológicos que, a su vez, repercuten en el malestar psicológico? Si es así, (3) ¿cuáles son estos niveles y cómo operan? ¿son consistentes y estables a lo largo del tiempo? La primera pregunta de investigación pone el acento en cómo se vinculan las desigualdades según la posición social con el malestar psicológico. La segunda y la tercera, se centran en cómo la relación existente entre la estructura social y la acción individual puede contribuir a la explicación del malestar psicológico. Estas preguntas tuvieron su germen en los resultados preliminares obtenidos con la Encuesta de la Deuda Social Argentina (EDSA) en los años 2004, 2005 y 2006 (Brenlla en DII, 2005, 2007) en los que se observó que, sistemáticamente, las diferencias en cuanto a la estratificación socioeconómica se comparecían con diferencias en los rasgos y atributos psicológicos vinculados a la agencia humana y a la percepción de malestar.

### **Propósito general**

El propósito principal de esta tesis es aportar un modelo nuevo, subsidiario de la hipótesis de la causalidad social, para comprender esta asociación. Si bien algunos estudios han incluido a los estresores sociales, la integración social y la autoestima (Sánchez Moreno y Barrón López, 2003) y otros se han enfocado en el control personal, la alienación y las diferencias socioeconómicas (Mirowsky y Ross, 1989) ninguno ha integrado los aspectos sociales y de agencia personal en una hipótesis global. En ello reside la originalidad de este estudio, en el planteo de un modelo teórico integrativo que permita comprender cómo la posición social influye sobre el malestar psicológico. La tesis que propongo representa un intento por comprender a los rasgos y atributos individuales como mediadores entre los factores socio-estructurales y el malestar psicológico pero teniendo en cuenta que dichos recursos están, al mismo tiempo, modelados según el entorno de la posición social y condicionados por las disposiciones personales. En este sentido, se asume una perspectiva que pretende superar la antinomia entre objetivismo – considerar a las estructuras sociales como subyacentes e independientes de los individuos– y subjetivismo –enfocar básicamente en la experiencia individual–, por lo que el enfoque de fondo se fundamenta en la teoría de los campos sociales y la noción de habitus de Bourdieu (1984, 1980/2007). Al mismo tiempo, y en virtud de la importancia que tiene la estratificación social para la comprensión de la desigualdad, se prestará especial atención a las diferencias en el malestar psicológico según la posición social. Para abordar las preguntas que constituyen la esencia de esta tesis, se plantea un modelo en el que la posición social opera sobre la salud mental a través de dos niveles de mediación: el primero, al que denominaré proximal, se halla compuesto por las experiencias de estrés (crónico y puntual) y la extensión de la red social; el segundo, por los mediadores psicológicos (afrentamiento al estrés, locus de control y autoeficacia) y psicosociales (apoyo emocional percibido). En particular, se conjetura que la posición social se relaciona con el malestar psicológico a través de tres trayectorias o sendas: (a) el estrés social, (b) la extensión de la red social y su influjo sobre la percepción de apoyo emocional y (c) los recursos de agencia que, a su vez, condicionan el estilo de afrontamiento al estrés. De esta manera, se asume que la influencia sobre el malestar psicológico es indirecta. La intersección entre la posición social y el nivel psicológico de mediación delimita un espacio de interacción entre lo social y lo subjetivo –el espacio de la agencia humana– donde adquiere relieve la brecha psicosocial que se enuncia en esta tesis. La presunción es que la adversidad social sostenida genera no solo desigualdad socioeconómica sino que propicia una verdadera brecha psicosocial en cuanto al estrés, la red de relaciones y los

recursos de agencia que afectan a la salud mental y limitan cualitativamente el desarrollo de las personas. Esto generaría un círculo vicioso entre la posición social y estos componentes, en el que un entorno hostil –en términos socioeconómicos– minimiza su desarrollo y, a su vez, las personas inmersas en él, ven disminuidos los recursos sociales, psicológicos y psicosociales necesarios para transformar positivamente las circunstancias de su vida. La demostración de la brecha psicosocial constituiría, así, una prueba acerca de cómo la desigualdad social se comparece con falta de oportunidades para la libertad y el desarrollo personales. Por lo tanto, expresa una diferencia de cualidad más que de cantidad en la relación de la posición social y el malestar psicológico y se constituye como un verdadero límite para el desarrollo humano. Tal como se describirá en los apartados siguientes, los lineamientos conceptuales sobre los que se basa el estudio indican, en forma resumida, que (a) la salud mental puede definirse por la presencia o ausencia de síntomas psicológicos y psiquiátricos que indican diversos grados de malestar (APA, 2001). En este estudio se pone el foco sobre el malestar psicológico como expresión de los llamados trastornos mentales comunes o frecuentes (depresión y ansiedad) (Kessler et al, 1994) que, en las últimas décadas, han tenido un aumento considerable y se han asociado significativamente con la estratificación social (WHO, 2002, 2007). (b) la desigualdad social –entendida como la distancia relativa entre posiciones sociales– incide más significativamente sobre la salud mental que la estrechez económica y material (Wilkinson y Pickett, 2009). (c) los diferentes contextos de clase social producen modelos de agencia que consisten en esquemas implícitos acerca de lo que “hay que ser” y cómo relacionarse con los otros (Markus & Kitayama, 2003). Consisten en libretos culturales, esquemas y normas para la acción diferentes según la posición social y constituyen el habitus de clase del individuo (Bourdieu, 1984). Estos modelos suponen configuraciones distintas según la posición y reflejan el principio componencial de los procesos de estructuración social (House, 1981; Sánchez Moreno, 2003) (d) la posición social se relaciona con la cantidad e intensidad de experiencias estresantes (Boekaerts y Röder, 1999; Cockerman, 2001; Pearlin, 1989; Turner, Wheaton y Lloyd, 1995) y con la extensión y funcionalidad de las relaciones sociales (Cassel, 1976; Cobb, 1979). Ambas representan el principio proximal mediante el cual los procesos de estructuración causan efectos en la vida de las personas (House, 1981; Sánchez Moreno, 2003) (e) el sujeto tiene un carácter activo ante las situaciones de estrés, expresado en la valoración cognitiva y emocional de éstas y en las actuaciones dirigidas a domeñar o minimizar su impacto sobre el propio bienestar (Lazarus y Folkman, 1984, 1987).

Además, dispone de recursos de agencia –como el locus de control y la autoeficacia– que consisten en las potencialidades afectivas y cognitivas que permiten a los individuos desarrollarse y cambiar sus vidas (Undurraga y Avendaño, 1998). Estos recursos de agencia tienen un papel fundamental en la valoración cognitiva de las situaciones estresantes y representan el principio psicológico que recibe influencias de los factores componenciales y proximales y afecta la percepción de malestar (f) la evidencia que las conductas se modelan socialmente y que los entornos de pobreza tienden a reforzar conductas y actitudes de pasividad, negación y/o desesperanza en lugar de comportamientos de iniciativa, resolución y optimismo, característicos de las posiciones sociales medias y altas (Bandura, 2000, 2006; McCombs, 1991; Ryan y Deci 2000) y (g) los hallazgos que indican que en la formación de la agencia humana interactúan con igual importancia factores sociales (apego, cuidado, relaciones tempranas significativas) y biológicos (bagaje genético) y que las disposiciones de los individuos para organizar las emociones –que, en parte, son producto del aprendizaje previo en las interacciones sociales– modelan directamente la habilidad de la mente para integrar la experiencia y para adaptarse a estresores futuros (Siegel, 2007)

### **Enfoque metodológico general**

Para probar la tesis de la brecha psicosocial y el esquema multidimensional que vincula la posición social con el malestar psicológico se apeló a un modelo longitudinal, en el que una muestra de personas residentes en zonas urbanas de la Argentina contestó a la Encuesta de la Deuda Social Argentina (EDSA) en los años 2007 y 2008 (Tami y Salvia en DII, 2004). Entre sus ítems, se incluyeron tests psicológicos breves y cuestionarios psicosociales que fueron diseñados para ser usados en contextos de encuesta y de los que se han estudiado sus propiedades psicométricas (Brenlla, en DII, 2007). En esta propuesta, la posición social es entendida en términos del acceso a oportunidades socioeconómicas, en particular al capital educativo y la posesión de bienes de comunicación e información tanto a nivel individual como del entorno residencial (Macció en DII, 2009). La idea fue captar el habitus de clase de los entrevistados y obtener una estratificación basada en criterios teóricos que permitan la comparación de la desigualdad en el acceso a estos bienes según la posición social. Para la evaluación del ajuste del modelo teórico propuesto y para la contrastación de las hipótesis específicas se utilizaron modelos de ecuaciones estructurales, en virtud de que se trata de

procedimientos de análisis de datos rigurosos, que superan las dificultades del análisis 18 de regresión múltiple en cuanto a la covariación y permiten el diseño de una estructura causal sobre la base del análisis conceptual previo. La tesis está estructurada en una parte teórica y una parte empírica. La parte teórica se compone de cuatro capítulos. En el primero, se describen los enfoques clásicos y contemporáneos para el estudio de la oposición estructura social – acción individual y de la estratificación social, haciendo énfasis en la noción de habitus y puntualizando qué se entenderá por posición y desigualdad sociales; en el segundo, se definen las nociones de salud mental y malestar psicológico y cómo se vinculan con la desigualdad de origen socioeconómico. En el tercer capítulo, se explican las hipótesis que vinculan a la posición social con el malestar psicológico y se realiza una revisión bibliográfica de los antecedentes más importantes de las hipótesis de la causalidad social. En el cuarto capítulo se propone un modelo teórico que vincula la posición social con el malestar psicológico a través de la inclusión de dos niveles de mediación (socio estructural e individual) y tres sendas de influencia (estrés social, red social y recursos de agencia) y se describen los objetivos e hipótesis del estudio. La parte empírica comprende los cuatro capítulos siguientes. Así, en el quinto capítulo se describe la estrategia metodológica seguida y se brinda información acerca de las medidas utilizadas y, en el sexto, se reseñan los resultados obtenidos del estudio de campo para cada una de las hipótesis planteadas. Finalmente, en el séptimo y octavo capítulo se discuten los hallazgos de esta tesis a la luz de las investigaciones previas, se brindan las conclusiones y limitaciones y una contribución para el diseño de políticas públicas.

## MARCO TEORICO

2 El termino cultura tiene varias acepciones conceptuales desde diferentes disciplinas y dentro de cada una de ellas desde diferentes enfoques teóricos. Desde el punto de vista antropológico de manera general se entiende por cultura las prácticas materiales y de significación, al mismo tiempo, de continua producción, reproducción y transformación de las estructuras materiales y de significación que organizan la acción humana. La acción social o práctica, se entiende como acciones y productos provistos de sentido, y participes de la producción, reproducción y transformación de los sistemas de significación (Bourdieu, 1990. Geertz, 1989).

Los sistemas de significación (también llamados sistemas simbólicos) participan en la organización de las distinciones sociales, que distinguen y dan estatus (Bourdieu, 1989). Existe una continua disputa a nivel social, por la significación. Tal lucha existe, porque los sistemas de significación y las distinciones que organizan involucran una determinada distribución social de los capitales económicos, políticos y simbólicos, de prestigio (Bourdieu, 1989).

La cultura es un sistema de interrelaciones entre los procesos individuales ontogenéticos, los sociales e históricos del comportamiento colectivo en un corte de tiempo y los antropológicos e históricos que hacen posible los productos culturales, incluyendo a las manifestaciones artísticas, cotidianas, científicas, tecnológicas y las de tipo folklórico.

En psicología, el concepto de cultura es útil para describir la manera en la cual la narrativa biográfica adquiere sentido a través de las relaciones con los colectivos e instituciones, las cuales cuentan con un sistema de reglas y normas de inclusión y exclusión que en diferentes épocas permiten, a través de diferentes valores, aumentar las posibilidades de supervivencia y bienestar.

El objetivo de este artículo es llevar a cabo un trazo histórico de las teorías actuales en psicología que se consideran por las veces que se citan en los artículos especializados y su producción científica como aquellas que han desarrollado mayor cuerpo empírico y conceptual. Trazar esta prospectiva tiene por intención aclarar como las diferentes perspectivas están utilizando diferentes posiciones conceptuales frente a la cultura y por otro lado persiguen objetivos explicativos y productivos distintivos. De esta manera, sus puntos de comparación son discutibles, aún cuando se puede hacer una propuesta de una teoría unificada en psicología que considere la cultura como un factor fundamental en la construcción de la ontogenia como biografía narrativa.

## **La personalidad y sus correlatos culturales**

Un modelo de los más utilizados en psicología social sobre todo por la psicología americana enfatiza los valores del grupo social de pertenencia, que hace posible un proceso identitario basado en los valores del colectivo, como sucede en las sociedades tradicionales a lo que se le llama colectivismo, lo cual implica un autoconcepto y bienestar subjetivo vinculado a las normas y reglas del grupo, obteniendo a cambio, protección y un nivel de riesgo menor al que enfrentarían de manera solitaria.

Triandis (1988, 1996) distingue a grupos en base a sus valores individualistas o colectivistas y a los individuos en base a su alto centrismo o idiocentrismo. Las muestras poblacionales de los Estados Unidos de América enfatizan la idea de interdependencia, dando gran valor al desarrollo personal, descubriendo y expresando cualidades individuales. De manera similar, las culturas asiáticas son interdependientes porque valoran el "Yo" y al individuo como parte de un contexto social, con sus relaciones y coordinación con los otros.

La cultura como un conjunto de valores centrales pueden reflejar continuidad y cambio en lo específico comunitario en sus valores de interdependencia y dependencia en Japón, China y México que son países tradicionalmente colectivistas.

Por ejemplo se cree que el logro escolar es obstaculizado por valores colectivistas o agrarios de migrantes de familias de minorías étnicas (Morett & Cosio, 2004). Sin embargo, la evidencia no apoya el punto de vista, primero porque existe una variable social de historias de pobreza que determina en mucho las habilidades del niño en el aula, segundo porque el rito y el mito en las sociedades colectivas tienen una importancia fundamental como la lectura y escritura de las sociedades occidentales individualistas (Junqueira, 2002). Estos estudios llevados a cabo por investigadores de sociedades individualistas encuentran en aquellos pueblos tradicionales "un déficit" comportamental cuando no se siguen los valores del individualismo post-moderno que impera desde los países de la Unión Europea y Estados Unidos.

La investigación transcultural en la búsqueda de rasgos universales de la personalidad, ha provisto una extensa e importante información acerca de las diferencias culturales (Gouveia & Clemente, 1998; Triandis, 1994). Ejemplos de tal evidencia son los trabajos de Hofstede en 1980, quien encontró en repetidas ocasiones cuatro dimensiones culturales como: disparidad del poder, aceptación a la incertidumbre, individualismo-colectivismo,

masculinidad-feminidad y muchos otros, que han mostrado influencias importantes de la cultura en la cognición, emoción, motivación y conducta social (citado en Triandis, 1994). En cuanto a la dimensión individualismo-colectivismo, diremos que surge con el interés de comprender qué es lo que mantiene unidas a las personas dentro de una sociedad, e impide a éstas desintegrarse, y se basa en el supuesto que en toda cultura coexisten y son más o menos enfatizados en cada cultura, dependiendo de la situación. Es decir, las personas poseemos tanto cogniciones individualistas-colectivistas; la diferencia es que en algunas culturas existe mayor probabilidad de ser individualista y en otras colectivistas (Triandis, 1994).

Triandis (1998), reconoce que no se trata de una dimensión bipolar, sino que podría haber distintos factores de uno y otro constructo. Tal es el caso de individualismo horizontal (describe a las personas que valoran el tener su propio espacio, tener identidad propia y ser diferente de los demás), Individualismo vertical (aquí las personas se dirigen hacia el ideal de triunfo y de hedonismo), Colectivismo horizontal (el rasgo principal es la relación de iguales dentro del grupo, el establecimiento de la armonía grupal son expresiones que contempla esta dimensión), Colectivismo vertical (el sentido de cumplimiento, de obediencia y respeto por lo que tienen el poder es contemplado en este tipo de orientación).

### **El desarrollo psicológico como sistemas concéntricos**

Inspirado en el modelo de Bronfenbrenner (1989), la teoría de sistemas y la ecología llegaron a desarrollar un cuerpo teórico que asume a la cultura como un conjunto de sistemas concéntricos o satelitales, conformando una gama de relaciones que son interdependientes

entre si y configuran un escenario de transiciones. Los sistemas relacionales como la familia, escuela, trabajo, pareja, amigos se definen en términos de competencias que incrementan en dificultad y definen las normas requeridas para incluirse en sistemas de complejidad progresiva.

La persona vive en su micro-sistema con vínculos a través de los contextos o mesosistemas e interactúa con ecosistemas dístales y macrosistemas vistos a través del tiempo histórico (crono-sistema). En este modelo la cultura es definida como valores y costumbres sociales y subyace entre las propiedades dístales del exosistema.

Este modelo no ubica la cultura como una propiedad explícita de las personas, ve a la cultura como algo que la gente construye de sus experiencias a través de los contextos,

como hacen sentido o conciencia de sus mundos. El contexto físico y social puede ser como un contexto de seguridad o violencia o de oportunidad o riesgo para el desarrollo del niño. Las transiciones a través de los contextos son el área de trabajo en teoría de sistemas ecológicos.

Los niños y jóvenes se mueven más allá del entorno familiar hacia el contexto de los padres y la comunidad y sus elecciones de vida e identidad pueden diferir como una función de sus percepciones y oportunidades y riesgos.

La investigación sobre sistemas ecológicos ha contribuido a la teoría y aplicaciones basadas en como el niño y los adultos crean significados en sus vidas (Garbarino & Stott, 1992).

Esta visión supone que lo que llamamos "cultura" presenta diferentes niveles de estructuración que son definidos por las instituciones a través de un proceso de formulación de reglas y normas que hacen que las personas se comporten de tal forma que sea posible la vida armónica en grupo. Para lo anterior es necesario reconocer diferentes "nichos" de comportamiento que definen sistemas y cada sistema conforma un espacio en donde las normas de lo general guardan su congruencia con las normas específicas del microambiente.

### **Las clases sociales como mediadoras del desarrollo social**

Propuestas universales de cuidado infantil y competencias en estudios de niños de clase media Europeo-Americanos, tienden a explicar el fracaso escolar del niño que pertenece a minorías en términos de la deficiencia cultural de su familia de origen, por la inferioridad genética. Basado en la teoría ecológica-cultural de Ogbu (1981, 1990, 1993), la competencia del individuo es definida no en términos universales sino dentro del contexto cultural e histórico en el cual el niño se desarrolla, por ejemplo, los indígenas tienen dificultades académicas no por sus culturas ancestrales sino porque viven en condiciones de acceso no equitativos a las oportunidades de educación.

Existen una serie de eventos históricos, culturales y ecológicos que ocurren, por ejemplo, las familias marginadas aspiran al éxito escolar de sus hijos pero empiezan a encontrar barreras para las oportunidades de trabajo y de educación desarrollando percepciones que bloquean y oscurecen las oportunidades de futuro para los hijos.

Los avances centrales de la teoría ecológica-cultural implican el trazo de variaciones de grupos étnicos minoritarios y pobres a través del estudio de las barreras a la movilidad

educativa y probar bajo que condiciones los jóvenes desarrollan identidad escolar o identidades oposicionales.

Ford y Harris (1996) compararon los puntos de vista de 148 jóvenes negros de primero y sexto grado que fueron ubicados por encima del promedio y estudiantes promedio sobre la importancia de la escuela y su nivel de esfuerzo en la escuela. Estudiantes en el programa de jóvenes sobresalientes fueron más solidarios hacia la ideología que subyace a la minoría étnica, mientras los estudiantes promedio fueron menos apoyadores. En general los datos presentan patrones de etnicidad situacional que vincula la ejecución en la escuela con el nivel de integración de los niños con sus minorías étnicas.

Este concepto de cultura relaciona con la integración al grupo étnico, la autoestima y el plan de vida se desarrollan en este mismo rubro del concepto de cultura. Las teorías actuales de resiliencia (Henderson & Milstein, 2003) suponen que existen tres factores protectores que permiten a los niños recuperar su equilibrio después de un traumatismo psicológico (guerra, enfermedad, migración, hambre y otros): la autoestima, identidad con su grupo de pertenencia en el caso de los indígenas, identidad étnica y el plan de vida. Esta teoría de la cultura, es la más cercana al concepto de identidad étnica como factor que le da sentido a la biografía narrativa. Se refiere a los rasgos específicos de una cultura en una situación concreta y su determinación sobre la manera de entender los procesos de formación personal. Los ritos y mitos de una cultura específica son invariantes específicos derivados de una visión objetiva y específica que le da contexto y se interesa en individuos pertenecientes a una etnia sin tratar de explicar que acontece con las adaptaciones cuando se cambian a través de diferentes contextos culturales.

Los patrones de etnicidad situacional son importantes cuando llevan a cabo estudios donde el interés se refiere a los patrones de aculturación de individuos para una etnia específica que por los procesos de globalización deben migrar o cambiar a otra cultura y en general establece condiciones al vínculo que modifica los patrones de relación aprendidos y genera un conflicto entre las demandas, las competencias y los criterios de elección de respuesta. En la medida que las competencias de la etnia de origen sean similares a las demandas de la nueva sociedad, el proceso de adaptación será más rápido y menos traumático.

Desde la perspectiva de la diferenciación cultural por clases se supone que los niveles de ingreso determinan los procesos de socialización entre los colectivos y de los grupos con las instituciones y su objetivo es estudiar las condiciones de vida, el tipo de elecciones a las que se tiene acceso y las variables que modulan las elecciones de las familias en los

estratos de menores ingresos. El estudio de los estilos de comportamiento para llevar a cabo la elección y después el desarrollo comportamental, para mantenerse y promoverse a niveles de mayor complejidad y bienestar social, es de interés de éstas teorías. La cultura es pues un sucedáneo interpretativo que permite suponer una dimensión de lo social que estructura y define un colectivo como negro, mestizo, pobre, rico, indígena, etc., pero más que estudiar sus ritos, mitos y lengua estudiamos su dinámica social y la evolución de sus indicadores sociales.

### **La construcción social de la identidad social**

De acuerdo a la teoría de la identidad social, miembros de todas las sociedades encajan en categorizaciones y recategorizaciones sociales (Berry, 1993; Brewer, 1991; Tajfel, 1978). Tajfel (1978) establece que la identidad social es construida en el contexto de las actividades hacia un grupo y está relacionada con el prejuicio, conflicto inter-grupo, cultura y aculturación. Brewer (1991) demostró que la motivación individual para defender y expresar la identidad social depende de las necesidades que compitan para lograr la unicidad en el cual la persona obtenga un óptimo nivel de distintividad. Las señales específicas pueden cambiar lo prominente de la identidad, pero los individuos se ven a si mismos y a los otros en términos consistentes y crean situaciones que apoyan este punto de vista.

Aun cuando las investigaciones de identidad social han estudiado tradicionalmente estudiantes en situaciones artificiales, las transiciones a través del aula afecta la identidad social y el autoconcepto personal. Los grupos a través de sus relaciones generan normas de actuación y construyen instituciones que les sirven para el control y el ejercicio de poder. El individuo entonces procura mecanismos que le sirvan para conformar, expresar y defender su identidad. Parecería que existe una necesidad de diferenciación intrínseca a la construcción de la biografía narrativa, como un elemento que le atribuye sentido y motiva a un proceso cada vez mayor de unicidad. A diferencia del concepto de identidad en el caso del modelo ecológico-cultural, la identidad aquí se refiere a los aspectos generales (etic's) y específicos (emic's) (Berry & Sam, 1997). La identidad étnica es un dominio de identidad personal y de grupo que cambia a través del contexto del continuo de vida. Ethier y Deaux (1994) llevaron a cabo un estudio longitudinal de identidad étnica entre estudiantes de preparatoria hispanos. Se les preguntaba sus identidades importantes como edad, genero, relaciones, raza, etc. Los resultados indican que los estudiantes con

una fuerte identidad hispánica, era más probable que se afiliaran con la organización de estudiantes hispánica y reportaron positiva identidad personal y de grupo. En contraste los estudiantes que salieron de la preparatoria con un sentido de etnicidad débil tuvieron menos probabilidad de afiliarse y respondieron a la amenaza con emociones negativas y autoestima negativa.

Considerando que los diseños de investigación comparan miembros de grupos mayoritarios y crean normas basadas en la experiencia de la clase media de una sociedad, desde una perspectiva analítica deberá hacerse con cautela las generalizaciones a los grupos específicos.

Tomar como referencia para ponderar y medir conducta social en grupos minoritarios los modelos derivados de los estudios de identidad social puede resultar inexacta y peligrosa. Phinney (1996) criticó el uso de categorías demográficas relacionadas con la etnicidad como explicaciones culturales del funcionamiento psicológico y argumenta sobre el uso de dimensiones culturales, normas y valores, la fuerza, y significados de la identidad étnica, y las actitudes y experiencias asociadas a una minoría dentro y entre grupos.

Tajfel (1978) distingue entre atributos criterios los cuales son basados sobre categorías discretas o límites definidos para inclusión-exclusión y atributos correlacionados los cuales, son continuos. La identidad basada en atributos criterios es inestable mientras que la basada en dimensiones continuas es estable.

Aquí el concepto de identidad y el de cultura se fusionan y sin ser sinónimos la identidad es la resultante personal y grupal de una cultura entendida como los procesos de socialización entre y dentro de un colectivo para el trabajo, ocio y recreación, generando productos éticos, estéticos y epistémicos para dar a conocer las relaciones entre lo humano, lo técnico y lo natural. Estudiar la cultura implica estudiar procesos de aculturación y enculturación desde una propuesta social, histórica ideológica, religiosa, ética y filosófica. En este modelo sólo se atiende al concepto de identidad y al análisis de las variables que parecen explicar sus rasgos más evidentes.

### **La construcción social de las relaciones adaptativas en la familia**

Aquí la cultura es útil desde sus principios etic's y emic's (Berry, 1994) para poder describir lo que acontece durante las adaptaciones que en las rutinas se llevan a cabo en el mundo de lo cotidiano y tienen su explicación en parte en las determinaciones

culturales de las instituciones, gobiernos y condiciones locales de recursos, excedentes y faltantes en un hogar que inhiben o facilitan la sobrevivencia o desarrollo humano.

La teoría eco-cultural es una integración de ecología y cultura que esta basada en una suposición universalista de que todas las familias hacen significantes acomodaciones a su nicho ecológico a través de inversiones sustantivas y sostenidas día a día (Gallimore, Goldenberg & Weisner, 1993).

Estas rutinas conocidas como concepto de actividad han sido explicadas en términos de dimensiones interdependientes, incluyen quien participa en las actividades diarias; los fines, valores y creencias que subyacen y organizan esas actividades y los patrones recurrentes de organización social. Whiting (1963) encuentra que la ecología, economía, y la forma en que operan las organizaciones políticas y sociales como contexto de los parámetros de la conducta de los agentes para el cuidado del niño se constituyen en un índice de personalidad del niño y el adulto.

Harkness, Super, & Keefer, (1992) desarrollo el concepto de nicho de desarrollo para examinar la estructura cultural del desarrollo del niño, contravalores de la comunidad para el cuidado y la psicología del cuidador. Estudió también las variaciones universales y culturales en madre y niños para delinear con las relaciones entre la cultura, conducta parental y resultados del desarrollo.

La fuerza de la teoría eco-cultural y socio-cultural vincula la investigación universal y específicamente comunitaria, pues se enfoca sobre procesos institucionales individuales e interpersonales considerados universales (Cole, 1996). El contenido de la cultura incluye valores, prácticas, roles y modos de comunicación, como también de circunstancias materiales de vida, presume un relativismo potencial al definir valores de un grupo como también adaptación comunitaria específica a nichos ecológicos particulares.

### **Desarrollo social y personal como inversión**

Capital social se refiere a la relación y redes por las cuales los individuos son capaces de emprender acciones que beneficien su bienestar social y económico. De acuerdo al sociólogo Pierre Bourdieu (Bourdieu & Passeron, 1977), el capital social es acumulativo, dirige a beneficiarse del mundo social y puede reproducirse y expandirse.

Según Bourdieu (2002) el capital social está enraizado en la familia, con redes entre familias satélites beneficiando a sus niños a través de vínculos con escuela y el estatus

ocupacional. La escuela como formadora de hombres libres y críticos tiene un lugar importante en el proceso y fuera de los procesos de "reproducción cultural". La escuela, no produce capital social, sino limita su producción para mantener un discurso en el poder sin capacidad de réplica. Se critica a la escuela por constituirse en un mecanismo de "reproducción cultural", ignorando los roles potenciales que juegan la organización social de las prácticas escolares y de las acciones del individuo. Las escuelas tienen prácticas y procesos que responden a demandas de competencia y enfrentamiento que contribuyen a la desigualdad.

La teoría de estructura-agencia de Bourdieu (2002) investiga sobre la creación de capital social y cultural. Se desarrollan intervenciones entre jóvenes de diversas culturas para mejorar su acceso a oportunidades educativas. Moll y González (1994) describen como familias pobres de emigrantes mexicanos brindaron a la escuela el conocimiento cultural e información de sus hogares y vecinos para apoyar el éxito día a día de los alumnos como también transfirieron conocimiento basado en la comunidad que pudo ser usado por maestros y agentes.

Los jóvenes de clase media alta y los pobres y sus familias negocian el acceso a la escuela usando las experiencias de los miembros de la familia y redes sociales. El acceso a los recursos institucionales depende de la manera en la cual el sujeto se incorpore a las redes que proveen el acercamiento a los agentes institucionales, quienes conocen y pueden apoyar con oportunidades.

Estas posiciones importantes en la gerencia de escuelas gobierno, programas, colegios y organizaciones sociales permite que estos tengan el conocimiento y generen ricas redes de apoyo y recursos sociales.

La teoría de estructura agencia tiene conceptos de poder y acceso al análisis del cambio cultural. El concepto de capital social es útil para entender el papel de la cultura en la ejecución académica de diversos jóvenes dentro de las naciones.

### **Identidades múltiples y relaciones interculturales**

Los antropólogos educacionales Patricia Phelan, Davidson y Hanh Cao Yu (1991) propusieron que todos los jóvenes en diversas sociedades están retados a moverse entre mundos múltiples, los cuales se definen como conocimiento cultural y conducta dentro de los límites de familias de estudiantes particulares, grupos de origen y escuela. Cada

mundo contiene valores y creencias, expectativas, acciones y respuestas emocionales y familiares.

Phelan, Davidson y Yu (1991) trabajaron con 54 jóvenes de diferentes etnias en el norte de California y observaron como los adolescentes migraban a través de las fronteras entre los mundos de la familia, amigos y escuela. Encontró 4 prototipos:

1) Algunos cruzaban la frontera con el sentido de que los padres, amigos y maestros tenían objetivos y expectativas compatibles para ellos. Aun cuando tenían cierta seguridad en su futuro laboral, ellos eran apoyados y cuidados por amigos que no tenían sus mundos conectados.

2) El segundo grupo tenía un grupo de amigos que no conectaba ni en su etnicidad, clase social, etc. Pero la escuela y la casa estaban conectadas. Ellos no dicen adaptarse a los patrones generales aun cuando interactuaban con sus amigos del vecindario.

3) Ocupando diferentes mundos pero encontrando dificultades en el cruce de las fronteras. Ellos eran buenos alumnos cuando el maestro se interesa en ellos, pero dudaban entre encajar o abandonar ya sea la familia, escuela y amigos.

4) Fronteras impenetrables. Estos alumnos tienen expectativas y objetivos diferentes en casa, la aula y sus amigos. Los tres grupos se comportan diferentes y sus estilos y valores son distintos por lo que se requiere de habilidades y competencias que puedan integrarse. Existe la creencia de que los estudiantes pueden elegir estudiar o trabajar bajo condiciones de igual probabilidad y que el logro es un esfuerzo autónomo. Esto es un idealismo inapropiado para las minorías étnicas. Los modelos culturales consideran que los jóvenes de minorías étnicas aumentan el riesgo al crimen y la droga cuando abandonan la escuela. En la mayoría de los modelos, la escuela es uno de los factores de reforzamiento positivo, pero la comunidad y los amigos juegan un papel importante en el establecimiento de expectativas de los estudiantes que los hace más o menos embarazarse, dejar la escuela, ir a prisión y permanecer mas tiempo en la escuela.

Los estudiantes nombran a sus compañeros de escuela y a sus padres como recursos que apoyan sus expectativas, pero ven a sus amigos y a sí mismos como obstáculos y dificultades. Estudiantes exitosos dicen que madre, padre y profesores son recursos y los no exitosos dicen ser ellos mismos recursos, pero sus amigos dificultades.

## DISCUSIÓN

### 1 Resumen y discusión de los principales hallazgos

El objetivo principal de esta tesis fue analizar la consistencia de un modelo subsidiario del enfoque de la causalidad social en el que se estudió el carácter indirecto de la influencia de la posición social sobre el malestar psicológico. Para ello se formuló un modelo del malestar que tuviera en cuenta tanto las características socio-estructurales como los recursos psicológicos de agencia, de afrontamiento y la percepción de apoyo emocional con los que cuentan las personas para hacer frente a las demandas que les plantean las situaciones vitales y que pueden redundar en mayor o menor malestar psicológico. En tal sentido, conjeturé que un punto crucial de la cuestión está ubicado en la intersección de la posición social con los componentes estructurales (estrés social/ red social) y los recursos individuales, dando lugar a la hipótesis de la brecha psicosocial. El modelo propuesto en esta tesis – que se inspira en el de Sánchez Moreno y Barrón López (2003) y en los postulados pioneros de House (1981) – integra conceptos de la hipótesis del estrés y del apoyo social, ambas adscriptas al enfoque de la causalidad social, e incluye también a los modelos psicológicos de la autoeficacia y de la percepción de control –vinculados a la noción de agencia humana – para la explicación del nexo entre la posición social y el malestar psicológico. El modelo que propuse intenta delimitar un espacio específico, al considerar en forma conjunta variables proximales y psicológicas-psicosociales como niveles válidos de mediación entre la posición social y el malestar psicológico y comprobar el carácter indirecto de la influencia de la posición social en el nivel proximal –estrés social; extensión de la red social– y en el nivel individual –locus de control; apoyo emocional recibido; autoeficacia– sobre el malestar. Asimismo, el modelo intenta identificar y evaluar los efectos directos del estrés social, los recursos de agencia y el estilo evitativo de afrontamiento y analizar evidencias de consistencia intergénero y de estabilidad temporal. 191 Para mostrar ese carácter indirecto de la influencia de la posición social sobre el malestar psicológico, primero se evaluó en qué medida y cómo se relacionaban ambos términos. Esto es, si se verifica la noción del gradiente social de Marmot (1991) respecto del malestar psicológico. Hay que recordar que, en este caso, la estratificación se realizó sobre la base de indicadores de educación y ciertos bienes de comunicación, tanto del entrevistado como del entorno residencial, que redundó en cuatro categorías de análisis (estratos muy bajo, bajo, medio bajo y medio

alto). El objetivo fue captar la desigualdad en el acceso a esas oportunidades y los diferentes habitus de clase que suponen. En este sentido, la posición social representaría el principio componencial de los procesos de estructuración social. Los resultados del estudio empírico revelan que si bien la posición social y el malestar están negativa y significativamente relacionados, el grado de asociación es pequeño y que las diferencias más claras y significativas ocurren entre los extremos de la escala social pero no entre las demás posiciones. Este es un resultado de sumo interés que va en la línea de la hipótesis de la brecha psicosocial antes planteada y que echa dudas sobre la idea de un gradiente social, tal como ocurre para la salud física (Marmot, 1991). Como señalé en la revisión, los estudios ofrecen distinta evidencia según el tipo de indicadores utilizados para la determinación de la posición social. Algunos, encontraron que la ocupación y/o el ingreso predicen la depresión en hombres (Belek, 2000; Harper et al, 2002; Martikainen et al, 1999; Stansfeld et al, 2002) mientras que otros observaron una asociación marginal o nula entre el malestar psicológico y el nivel socioeconómico (Palomar y Lanzagorta, 2005; Wiggins et al, 2004; Brenlla, 2005). En cambio, las asociaciones son más importantes cuando los estudios se enfocan en los indicadores de pobreza (Patel y Kleinman, 2003) o de desigualdad (Wilkinson, 2009). Así, aquellos que analizaron las dificultades económicas actuales y tempranas obtuvieron evidencia del gradiente social respecto de la salud mental (Fryers et al, 2005; Laaksonen et al, 2007; Laaksonen, 2010; Lahelma et al, 2006; Lewis et al, 1998; Pudrovska et al, 2005). Este tipo de investigaciones coinciden con postulados actuales de la formación de la subjetividad que indican que las circunstancias de adversidad en los primeros años de vida tienen efectos poderosos sobre el desarrollo de la vida adulta, propiciando la transmisión intergeneracional de patrones de conducta negativos (Fonagy et al, 2007; Rutter, 2000). 192 Los resultados obtenidos en este estudio permiten inferir, entonces, que la estrategia seguida para la clasificación social capta las diferencias en el malestar psicológico entre sus extremos pero no permite verificar la existencia de un gradiente social genuino. Por lo tanto, puede considerarse que la primera hipótesis planteada –que la posición social se asocia negativamente con el malestar psicológico– recibió un soporte empírico débil. En este sentido, se comprobaría que la idea de un gradiente social (Marmot et al, 1991, 2005) no aplica del todo bien para la explicación del malestar psicológico, ya que carece de la proporcionalidad observada respecto de la salud física. Como ya comenté, en este estudio las diferencias más importantes ocurren entre las posiciones extremas. En consecuencia, es más plausible pensar que es la desigualdad la que interviene más firmemente en la explicación del

malestar y no solo la estrechez económica o el prestigio ocupacional, como supone el gradiente de Marmot. Esto significa que la influencia de la posición social sobre el malestar psicológico es indirecta y afecta con mayor potencia a los extremos de la escala social. En este punto es importante distinguir la noción de malestar psicológico de la de enfermedad mental. Como se mostró en el marco teórico, las investigaciones previas indican una asociación inversa indudable entre el nivel socioeconómico y los trastornos mentales severos y las tasas de hospitalización (Hudson, 2005). No obstante y, tal como se indicó, para los trastornos mentales frecuentes – como la ansiedad y la depresión – la evidencia es más dispar. De acuerdo a los antecedentes, creo que es evidente que ni la educación, ni la ocupación, ni los ingresos tienen la potencia suficiente como para explicar el malestar psicológico pero sí la tienen los indicadores que se vuelcan a la apreciación subjetiva de las condiciones de vida o a los indicadores de desigualdad social. Asimismo, tampoco las explicaciones basadas exclusivamente en el temperamento o en la dinámica intrapsíquica o en factores biológicas o genéticos parecen apropiadas, ya que ignoran el carácter vincular y social de la formación de la subjetividad (Bowlby, 1980; Ainsworth et al, 1978; Fonagy et al, 2007), del modelado de conductas de agencia (Bandura, 1987, 2006) y del desarrollo de estilos de afrontamiento (Lazarus, 2000). Tanto una como otra son direccionales: de la sociedad al individuo o del individuo a la sociedad. Quiero ser clara en este punto: no se niega la importancia de los factores biológicos y genéticos, sociodemográficos o intra-psíquicos, tales como el desarrollo de los procesos de autorregulación, en la explicación causal del malestar psicológico. Pero en esta tesis, he tratado de brindar una explicación alternativa, con todas sus limitaciones, de otro de los términos de la ecuación: la influencia de los factores sociales en conjunción con los psicológicos sobre el malestar, dando lugar a una explicación psicosocial de éste. Al respecto, Thoits (1995) señala que los sociólogos dirigen sus esfuerzos a identificar cuáles son los fenómenos sociales que tienen efecto sobre los individuos en tanto que los psicólogos se empeñan en conocer los mecanismos o procesos a través de los cuales los factores sociales tienen efecto sobre las personas pero que son pocos los que se aventuran en la integración de ambos aspectos. En coincidencia con estos asertos, considero que la cuestión debería guiarse al espacio donde se integran el contexto y los rasgos personales y pensar, más que en un gradiente social, en otro de tipo psicosocial. Por ello, es que se pensó en un modelo para explicar el carácter indirecto de la posición social sobre el malestar psicológico. Los resultados – que deben interpretarse teniendo en cuenta las limitaciones del estudio – muestran que, respecto del nivel proximal, la posición social

promueve una distribución desigual de estresores según la ubicación relativa de las personas. El peso de los coeficientes señala que las situaciones indeseables y negativas aumentan a medida que se desciende en la escala social y que, para la explicación del malestar psicológico, el carácter dañino del estrés se robustece en conjunción con la dimensión estructural. Como ilustración, puede recordarse que una persona del estrato bajo padeció, en promedio, tres situaciones de estrés en el último año. En cambio, un individuo de clase media alta, experimentó solo una. De manera análoga, tres de cada diez personas de los sectores muy bajos presentaron malestar psicológico pero solo uno de cada diez en los estratos más altos. Estos resultados concuerdan con los antecedentes que refieren que el estrés tiene un impacto indudable en la vida de las personas a través de la aparición de eventos puntuales (Holmes y Rahe (1967) o, de modo insidioso, por medio de la experiencia crónica de estrés (Pearlin, 1989) y que, además, están significativamente asociados con la posición social en especial respecto de la cantidad e intensidad de experiencias estresantes (Bovier, Chamot y Perneger, 2004; McKay, Blake y Colwill, 1985; Rice, 1999). Esto propicia que los entornos sean cualitativamente diferentes e influyen de manera importante sobre la salud mental de las 194 personas (Boekaerts y Röder, 1999; Cockerman, 2001; Pearlin, 1989; Turner, Wheaton y Lloyd, 1995). Los datos de este estudio replican estos mismos hallazgos. No obstante, que la posición social y el estrés estén asociados no significa que sean lo mismo, tal como lo ilustra el hecho de que los estudios que han tratado este tema utilizaran mediciones independientes de la posición social y el estrés percibido (Crockerman, 2001; Mirowsky y Ross, Pearlin, 1989; Sánchez Moreno, 2003; Williams y House, 1991). Por su parte, Hudson (2005) llevó a cabo un estudio longitudinal de 16 años con población de Massachusetts en el que mostró, mediante un análisis de ecuaciones estructurales, que el nivel socioeconómico se asoció no solo en forma directa con las tasas de enfermedad mental, sino también de manera indirecta, a través del impacto estresores sociales como las condiciones crónicas de adversidad en los estratos más bajos. En función de ello, considero que mientras el estrés social tiene, por definición, una connotación de activación –aguda o solapada y la mayor parte de las veces de carácter negativo–, la posición social tiene una influencia más profunda y, por lo mismo, menos perceptible sobre el malestar psicológico y remite a trastornos más frecuentes como la depresión o la ansiedad. A su vez, los resultados de este estudio muestran que el estrés condiciona a los recursos de agencia (locus de control y autoeficacia) y al estilo evitativo de afrontamiento y estos impactan en la percepción de malestar. De esta manera, la explicación del malestar

psicológico por esta vía incluye la influencia indirecta de la posición social a través de las circunstancias y condiciones de vida estresantes que propicia pero también el influjo del estrés social sobre los recursos de agencia y de afrontamiento. El otro componente del nivel proximal lo constituye el acceso a relaciones sociales significativas. Los resultados mostraron que la extensión de la red es claramente desigual según los estratos considerados: es más extensa en las clases medias y más restringida en las clases bajas. Pero, ¿por qué ello habría de redundar en diferencias en cuanto al apoyo emocional? Porque la red social es un indicador de la cantidad de personas con las que se relaciona el individuo (parientes, amigos, compañeros de trabajo, vecinos) y que podrían proveerle, en caso de necesidad, apoyo y contención afectiva. Así, cuanto más extensa es la red, mayor es la probabilidad de recibir respaldo en momentos de desánimo o desasosiego. En este sentido, se comprende que la posición social haya influido también sobre el apoyo emocional recibido, que forma parte del nivel individual del modelo. Estudios previos con población general indican que, en contextos de pobreza, disminuye la posibilidad de dar y recibir apoyo mientras que lo contrario ocurre en las clases medias, que amplían sus lazos en diversas áreas y, por ende, su probabilidad de recibir apoyo emocional (Abello, Mandariaga y Hoyos de los Ríos, 1997). Por otra parte, el apoyo emocional será más necesario cuánto mayor sea el malestar psicológico. Si bien es verdad que todos necesitamos de apoyo emocional en nuestras vidas, esto es cualitativamente diferente si atravesamos momentos de bienestar o malestar psicológico. Entonces, si bien el apoyo emocional está condicionado por la extensión de la red y por la ubicación en la escala social, el hecho de que su asociación con el estrés y con los recursos de agencia sea nula o marginal revela que, tal como se había señalado en la hipótesis correspondiente, su importancia reside en su relación directa sobre el malestar y no como un recurso de afrontamiento al estrés. Estos resultados contradicen los estudios que suponen que la importancia del apoyo social se reduce a su efecto de amortiguación del estrés (Dalgard et al, 1995; House, 1981) y están en concordancia con los que postulan que el apoyo emocional tiene un impacto directo sobre la salud mental, independientemente del estrés padecido (Coyne, Aldwin y Lazarus, 1981; Gencoz y Olzlale, 2004). Un hallazgo fue la influencia de los recursos de agencia sobre la red social. Los datos mostraron que la percepción de baja autoeficacia y el predominio de creencias de control externo condicionaron en forma moderada la cantidad de personas incluida en la red social, siendo sus efectos de similares a los observados respecto de la influencia de la posición de clase. Este resultado es de sumo interés ya que implicaría que tanto los factores sociales como

los psicológicos inciden en la cantidad de personas con las que tenemos relación. Estos resultados encuentran antecedentes en los estudios de Sarason, Pierce y Sarason (1990) que afirman que los esquemas formados en la infancia respecto a como uno debe ser tratado, suelen influir en la calidad y cantidad de interacciones en la adultez (Aduna, 1998; Green y Rodgers, 2001; Henly, et al, 2005) y que, en particular, son los sujetos con locus de control externo quienes tienden a reportar redes sociales menos extensas y menor apoyo social (Lakey y Cassady, 1990; Sarason, et al, 1983, 1990; Singh y Pandey, 1990; Solomon et al, 1988). Entonces, el hecho de que la red social también estuviese condicionada por los recursos de agencia podría indicar el carácter interaccional de su naturaleza. 196 En el sentido de los niveles sugeridos en este modelo, los resultados respaldan la idea de que la posición social representa el principio componencial y es producto de los procesos de estructuración social. En cambio, el estrés y la extensión de la red constituyen el nivel proximal del modelo y consisten en efectos de la estructura social que son transmitidos bajo la forma de una distribución desigual de estresores y de relaciones sociales significativas. En cuanto al nivel individual, – referido a la influencia de la posición social sobre los recursos de agencia y sobre el apoyo emocional, antes descrito – se observan datos de interés. Por un lado, los análisis realizados indican que los recursos de agencia están condicionados – como ya se dijo– por la cantidad de experiencias estresantes vividas. En este sentido, la frecuencia e intensidad de los estresores parecen atentar contra el establecimiento de recursos eficaces. Por otro, los datos indican que el locus de control externo recibe una influencia importante de la posición social mientras que, respecto de la autoeficacia, el influjo es marginal. Estos resultados respaldan la idea de que el locus de control modula de manera directa y significativa el nexo entre la posición y el estrés y el malestar psicológico, en tanto que la baja autoeficacia se remite al nexo entre el estrés social –condicionado por la posición social– y el malestar. Pero, ¿por qué ocurre esta asociación? En mi opinión, porque la posición social –que en este estudio refiere al nivel educativo y el acceso a tecnologías no solo individual sino también del entorno residencial– expresa, con todas sus limitaciones, los hábitos de clase en que esos recursos se han formado y el desigual de acceso a oportunidades sociales que implican. En el marco teórico se había señalado que los entornos de clase social conforman hábitos con prácticas y transmisiones generacionales específicas (Bourdieu, 1985) y producen modelos de agencia que consisten en esquemas implícitos que guían la formación de la subjetividad y las pautas de interacción (Markus y Kitayama, 2003). Estos contextos sirven de marco para el

modelado de los recursos de agencia y propician formas diferentes de moldeamiento según la posición social (Bandura, 1997, 2006). Así, los antecedentes muestran que los entornos de pobreza tienden a reforzar conductas y actitudes de pasividad, negación y/o desesperanza en lugar de comportamientos de iniciativa, resolución y optimismo, 197 característicos de las posiciones sociales medias y altas (Bandura, 2000, 2006; Deci y Ryan, 1991; Ryan y Deci 2000). En concordancia con esto, los resultados obtenidos en este estudio presentaron el mismo patrón: sistemáticamente las personas de los estratos más bajos presentaron más creencias de locus de control externo que las observadas en las posiciones más altas. Estos datos concuerdan con la investigación previa que informa que las personas más pobres presentan con mayor frecuencia este tipo de creencias (Lachman y Weaver, 1998) comparados con sus pares de posiciones sociales más altas. Asimismo, se observó una influencia moderada del locus de control sobre la percepción de baja autoeficacia que debe ser tomada con cautela dado el carácter limitado de la medida de autoeficacia utilizada en este estudio. No obstante, este resultado remite a la controversia sobre la delimitación conceptual entre ambas nociones (Hawkins, 1992; Kirsh 1982; Lefcourt, 1992; Zuroff y Rotter, 1985) en la que se sostiene que los límites conceptuales de la autoeficacia se solapan tanto con el locus de control como con el resto de conceptos que le son añadidos (previsión, auto-reflexividad y auto-reactividad) y que, más bien, el locus de control es uno de los determinantes de la autoeficacia (Kirsch, 1986). A la vez, se observó que el control externo influye sobre el estilo evitativo de afrontamiento. Esto concuerda perfectamente con las ideas del propio Lazarus que considera que las percepciones de control tienen un papel fundamental en la evaluación primaria y secundaria de una situación estresante (Folkman y Lazarus, 1988). Así, las personas que creen tener escaso control sobre lo que les ocurre perciben mayor amenaza en un número mayor de situaciones y la sensación de que sus estrategias para afrontarlas son inefectivas. Los antecedentes muestran que, por lo general, el locus de control interno se asocia con un estilo resolutivo en el afrontamiento al estrés y, el locus de control externo, con estilos pasivos y evitativos (Banyard y Graham-Bermann, 1998; Clement y Nilsson-Schonnesson, 1998). En línea con estos resultados, en este estudio se observó que las personas de los estratos muy bajos indicaron apelar con más frecuencia al afrontamiento pasivo que sus pares de posiciones sociales más altas. Esto señala una tendencia a rehuir, negar o apelar a distracciones ante las situaciones de estrés en lugar de preferir estrategias más eficaces, como la planificación de acciones y el carácter resolutivo, ya observadas en otros estudios (Loan y Moos, 1987). Como se señalaba antes,

muchos autores consideran que más que la experiencia 198 de estrés, lo que importa es cómo piensa la persona esa situación y, consecuentemente, cómo la afronta (Holroy y Lazarus, 1982; Vogel, 1985). ¿Cómo explicar entonces que sistemáticamente las personas de entornos vulnerables “elijan” esta manera de hacerlo? Me parece que la respuesta se asocia a lo que comentaba recién: los contextos de pobreza tienden a reforzar patrones de conductas de pasividad y resignación que se tornan preferentes e impregnan muchas de las cogniciones y conductas de la adaptación personal. Vuelvo a señalar, no es el carácter material de la posición social la que explica estos resultados sino su carácter simbólico. El refuerzo constante de no tener control sobre la propia vida y de sentirse a merced de los avatares del destino o de la providencia –entendamos que muchas veces realista en las clases bajas – o no poder acceder a los recursos de la estructura de oportunidades y, en consecuencia, sentirse poco capacitado para lograr lo que se quiere es lo que define, a mi criterio, la manera en que opera la posición social en la formación de los recursos adaptativos, indispensables para el desarrollo humano. Por esto es que conjeturé la hipótesis de que la adversidad socioeconómica no solo propicia una brecha material sino también otra de tipo psicosocial. La conjunción entre la posición social, el estrés y los recursos personales configuran un espacio virtual, un punto de encastre donde operan en forma conjunta las dimensiones subjetivas y supra-estructurales. Ello podría estar indicando que la posición social tiene una importancia que se revela indirectamente, a través de su asociación con la exposición desigual a estresores sociales y el modelado de recursos psicológicos que pueden alentar o inhibir al malestar y configurar así esta brecha que afecta, fundamentalmente, la capacidad de agencia de las personas ante los escenarios de la sociedad actual. De hecho, este carácter indirecto de la posición social, que impregna sutilmente a los efectos directos del estrés social, el locus de control, la baja autoeficacia y el apoyo emocional sobre el malestar psicológico pudo constatararse, con todas las limitaciones del caso, en todos los análisis realizados en este estudio. Así, para conocer la estabilidad temporal del modelo, se compararon los datos de las evaluaciones de dos años consecutivos (2007-2008). Los resultados indican, en forma global, este carácter indirecto de la posición social sobre el malestar psicológico con una varianza explicada semejante aunque, en relación a los predictores del modelo, en la segunda medición 199 el apoyo emocional mostró un coeficiente más débil respecto del malestar y una influencia muy baja del estrés social sobre la autoeficacia. En cambio, todos los demás coeficientes fueron similares a los hallados en 2007. De esta manera, si bien se registran algunas diferencias en ambos análisis, los resultados parecen confluir en el sentido del

modelo y permiten pensar que, en términos generales, existen evidencias de la estabilidad empírica de la tesis de la brecha psicosocial propuesto. Por su parte, la comparación estática del modelo según sexo indicó similitudes en cuanto al carácter indirecto de la influencia de la posición social sobre el malestar psicológico a través de los niveles proximal e individual; los efectos directos –de pequeños a moderados– del estrés social, el estilo evitativo de afrontamiento, la percepción de baja autoeficacia y el apoyo emocional recibido sobre el malestar psicológico y el sentido de los coeficientes, que fueron en la misma dirección en ambos grupos. Las diferencias más importantes se refirieron a la magnitud de la influencia del control externo sobre el estilo evitativo y del poder predictivo de éste sobre el malestar psicológico –que fue más importante para las mujeres– así como de la cantidad de varianza explicada por el modelo, que fue más importante para las mujeres (30%) que para los varones (20%). En este sentido, el modelo se ajustó mejor a los datos obtenidos en la muestra de mujeres pero, no obstante, dado que la estructura de relaciones conjeturada fue, en su mayoría, constatada también para el grupo de hombres, puede pensarse que el modelo fue relativamente consistente para ambos sexos. Como ya se indicó, si bien los resultados constatan una asociación negativa entre el malestar y la posición social, no obstante no tienen la misma contundencia que los observados para la salud física por Marmot (1991). En sus estudios, Marmot encontró que las diferencias se acomodaban exactamente a la jerarquía laboral; en este, existe una asociación clara pero no exacta entre las posiciones sociales y el grado de malestar psicológico. Otras investigaciones encontraron también esta inconsistencia (Laaksonen, 2010; Laaksonen et al, 2006) y la atribuyeron a la medición de las circunstancias socioeconómicas. Pero mi explicación –si bien de acuerdo en que las condiciones materiales han de ser indagadas de otra manera–, lejos de volcarse a la hipótesis de la selección o a la explicación material, se orienta a considerar 1) el enfoque iniciado por House (1981, 1990) y retomado por Sánchez Moreno y Barrón López (2003) quienes consideran que es crucial para la comprensión de la salud mental no solo las determinaciones socio-estructurales sino también las psicológicas y personales, 2) la conjetura 200 que el habitus desempeña un papel fundamental para el modelado de recursos de agencia y 3) la evidencia que las desigualdades importantes entre las posiciones –y no solo los diversos niveles de escasez material – son las que explican las diferencias en salud mental (Wilkinson, 2009). Wilkinson mostró que las sociedades más desiguales, aunque ricas, como los Estados Unidos o Gran Bretaña tienen más habitantes con trastornos mentales, en comparación con otras, igualmente ricas pero no tan

desiguales, como Suecia o Japón, y presentan datos parecidos a los encontrados en países en desarrollo con gran polarización social (Brenlla y Aranguren, 2010; Ortiz Hernández et al, 2007; Patel y Kleinman, 2003). Por ejemplo en Latinoamérica, entre los años 1990 y 1999, aumentó notablemente el porcentaje de ingreso captado por el 10% de las familias de mayor ingreso, lo que categorizó a la región como una de las más desiguales del planeta. En forma paralela, entre 1995 y 2002, la tasa de suicidios se incrementó en Argentina, Costa Rica, México, Nicaragua y Panamá así como la consulta por trastornos de depresión, ansiedad y adicciones (Ortiz Hernández et al, 2007). Si bien en este estudio no se ha evaluado la desigualdad a través de un índice específico, es muy probable que las ideas de Wilkinson acerca del valor de la desigualdad representen parte de la explicación de porqué la posición social es especialmente relevante al comparar sus extremos. Su parecer, que toma ideas de Botton (2005), es que cuando no podemos mantener nuestra posición en la jerarquía social nos condenamos a “ver a los demás con envidia y a nosotros mismos con vergüenza” (Wilkinson, 2009: 91). La persistencia de estos sentimientos negativos puede redundar, fácilmente, en la aparición de ansiedad o tristeza y desánimo. En este sentido, la desigualdad por diferencias en la posición social no solo comporta una indignidad porque obstaculiza la vida en términos materiales sino también porque reduce el horizonte de aspiraciones personales. No es solo una cuestión de dificultad en el acceso a las oportunidades sino que también se trata de la falta de entornos sociales, de hábitos, que propicien el modelado de mecanismos y procesos psicológicos protectores del bienestar. Ello podría estar indicando que la posición social tiene importancia en tanto proveedor de marcos simbólicos que facilitan el desarrollo de unos u otros recursos y que, por tanto, actúa de forma soterrada, indirecta, para propiciar una brecha psicosocial como la que conjeturé en el desarrollo de esta tesis.

### **Limitaciones y consideraciones para políticas públicas**

Todo estudio tiene sus limitaciones y este no es la excepción. Considero que una de ellas atañe a la medición de las circunstancias socioeconómicas. De acuerdo con la revisión realizada por Laaksonen (2010) los mejores indicadores en la predicción del malestar psicológico son los vinculados a la evaluación de las circunstancias adversas en la infancia y en el presente. En tal sentido, en encuestas futuras, podrían indagarse estos aspectos, sobre todo el primero, ya que podría constituirse en un indicio proxy del entorno vincular y material en la etapa de la formación de la subjetividad que, por supuesto,

incluye el desarrollo de los recursos de agencia. Además, hubiera sido de interés contar con alguna medida específica de desigualdad –como el coeficiente de Gini o la curva de Lorenz– para precisar en qué medida las diferencias en cuanto a la posición social se comparecen con diferencias en el malestar psicológico. Por otra parte, la evaluación del apoyo emocional se realizó sobre la base de haber recibido o no apoyo en la idea de captar la necesidad de contención y compañía que suponen los estados de malestar psicológico. Si bien los resultados fueron en la dirección esperada – cuanto más malestar más necesidad de apoyo emocional– no obstante esto nada dice acerca de la expectativa cognitiva de las personas de contar, en caso de necesidad, con apoyo emocional. De acuerdo a las teorías actuales, más que la ayuda efectivamente percibida importan las expectativas de las personas en cuanto a que podrán obtenerla. Una limitación particular atañe a las medidas de autoeficacia y de estilo evitativo. La de autoeficacia consiste en un solo ítem con un escalamiento tipo Likert. Si bien se obtuvieron indicadores de consistencia conceptual con otras medidas de autoeficacia, no obstante, su alcance quizá hubiera sido más importante si el número de ítems hubiese sido mayor. Esto, probablemente hubiera definido nítidamente la influencia de la posición social sobre ella. A su vez, el test utilizado para la evaluación del estilo evitativo de afrontamiento mostró una fiabilidad aceptable pero baja que, en parte, limita el alcance de las conclusiones basadas en esta medida. No obstante, el hecho de que se obtuvieran indicios de convergencia conceptual y unidimensionalidad atempera dichas limitaciones pero no pueden dejar de considerarse como tales. 202 Por otra parte, podría objetarse que el modelo solo explica el 26% de la varianza de las puntuaciones en malestar psicológico. En términos absolutos, esta cifra puede resultar magra. Sin embargo, en términos relativos, adquiere otra relevancia. Es evidente que la explicación del malestar psicológico no puede deberse solo a la causalidad social. La investigación actual reconoce causas biológicas y genéticas –hipótesis emparentadas con el enfoque de la selección social– y causas de dinámica intrapsíquica, tales como los procesos de autorregulación y el estilo de apego y no solo las sociales. En esta tesis se focaliza en una porción desconocida de la variabilidad en malestar psicológico: la referida a cuáles son y cómo se relacionan los factores sociales y psicológicos involucrados en su explicación. Así, dado que no se están evaluando ni las determinaciones biológicas ni las intrapsíquicas, que el modelo logre explicar el 26% de la varianza puede significar, en términos relativos, que la explicación psicosocial es de, al menos, un 25%. Además, hay que recordar que la muestra estuvo conformada por un amplio número de casos, representativo de las

principales zonas urbanas del país, lo que añade exigencia al testeo del modelo con el método de máxima verosimilitud. El hecho de que, en general, se obtuvieran índices de ajuste aceptables podría reflejar, en alguna medida, la consistencia de la propuesta. Otra limitación es la atinente a la magnitud de los coeficientes estandarizados obtenidos en la solución del modelo final. La mayor parte de ellos son moderados y otros, pequeños. Pero hay que recordar que estos coeficientes están influidos por el error de medida y, tal como se indicó, una de las técnicas utilizadas en este estudio presentó valores de fiabilidad aceptables pero bajos. Teniendo en cuenta esto, es probable que el mejoramiento de dichas medidas redunde en un aumento en el valor de los coeficientes. Más allá de estas limitaciones, lo cierto es que este estudio muestra que el malestar psicológico no es algo que dependa únicamente de dimensiones internas de la personalidad. El contexto actúa tanto en la provisión de un marco para el modelado de conductas como en la frecuencia e intensidad de las situaciones de estrés que se experimentan. En este sentido, los resultados de este estudio pueden ser de utilidad para identificar a las personas con alto riesgo de malestar psicológico a través de su evaluación sistemática en el área de la atención primaria de la salud y reconocer eficazmente la presencia de síntomas de depresión o ansiedad que, tal como lo indica la OMS, son sub-diagnosticados por los profesionales y presentan tasas en aumento, por lo que constituyen un problema serio de salud pública. No hay que olvidar que 203 los trastornos mentales comunes implican un deterioro progresivo de la calidad de vida personal y de la actividad productiva de los individuos y afectan, en última instancia, tanto el desarrollo personal como el de una nación. Para poder diagnosticarlos en forma precoz e implementar intervenciones eficaces, es necesario primero contar con instrumentos para detectarlos. Al respecto, un punto crucial de esta tesis fue realizar estudios independientes para adaptar o construir escalas psicológicas y evaluar de manera válida y confiable los componentes del modelo. A pesar de parecer un simple paso empírico, no obstante esto representa un punto importante ya que, por lo general, las medidas que se utilizan no están respaldadas por estudios previos que analicen su adecuación cultural y teórica y en los que se hayan constatado sus propiedades psicométricas. Por ende, una contribución de este estudio es que provee de (a) un test para la evaluación del riesgo de malestar psicológico y de (b) un cuestionario para evaluar estrés social. Como se indicó en Medidas estos instrumentos fueron adaptados o contruidos especialmente y sus características métricas han sido ampliamente estudiadas. Por lo tanto, se trata de herramientas con buenas o muy buenas evidencias de fiabilidad y validez que, además cuentan con la ventaja de ser breves y

aptas para ser aplicadas en contextos de encuesta en nuestro medio (Escala de Malestar Psicológico de Kessler:  $\alpha = .89$ ; Cuestionario de Estrés Social: KR-20 = .65) Pero, a mi entender, es necesario no solo igualar las condiciones para el acceso al diagnóstico y tratamientos adecuados sino también implementar políticas públicas activas para minimizar los estresores sociales en las áreas donde éstos son más frecuentes. Los datos de Ministerio de Interior, Salud, Trabajo y Desarrollo Social deberían integrarse y lograr focalizar las zonas donde las personas tienen mayor probabilidad de ser víctimas de delitos, de estar desempleados, de residir en lugares contaminados y de no tener acceso a la seguridad social – entre otros– para propiciar políticas activas que logren reducir estos estresores sociales. Por otro lado, los hallazgos de este estudio en cuanto a los recursos de agencia podrían ser de utilidad para el diseño de políticas públicas. Por lo general, éstas no sopesan adecuadamente el target psicológico al que van destinadas. Un plan de adhesión a hábitos saludables u otro ocupacional que no evalúe las percepciones de autoeficacia y de control personal pierde datos fundamentales para una mejor distribución de los recursos y una consecución exitosa. Es muy difícil concitar interés cuando las personas a las que van dirigidas las políticas públicas presentan una capacidad de agencia disminuida que se expresa en creencias recurrentes de estar sometidas a las fuerzas del destino, que el esfuerzo personal es ineficaz para cambiar la propia vida y que no se tiene confianza en las capacidades para hacerlo. Por lo tanto, la implementación de intervenciones psicosociales destinadas a evaluar y mejorar los recursos de agencia debería ser un paso previo a cualquier intervención pública que pretenda cambiar conductas, estados o hábitos en las personas. Al respecto de ello en estudios futuros podría investigarse, mediante un diseño experimental comparativo, el efecto de una intervención psicosocial sobre la implementación de políticas públicas específicas. Pero además de promover estas acciones concretas, concuerdo con Wilkinson en su visión de la importancia de la psicología para las políticas públicas: En lugar de diluir ansiolíticos en el agua corriente o aplicar terapias colectivas, la realidad impone una opción más interesante: si reducimos los índices de desigualdad, aumentarán el bienestar y la calidad de vida de todos... Los poderosos mecanismos que hacen a las personas vulnerables ante la desigualdad no pueden entenderse únicamente en términos de estructura social, obviando la psicología individual. Ni viceversa. Por el contrario la psicología individual y la desigualdad están íntimamente relacionados. No haber valorado adecuadamente esta relación es una de las razones por las que se ha tardado más en comprender los efectos negativos de la desigualdad para el conjunto social (Wilkinson, 2009: 52) 205 Capítulo ;

## CONCLUSIÓN

La psicología social de la memoria que desarrollamos ha centrado sus investigaciones en las acciones por medio de las cuales recordamos nuestro pasado reciente, considerando que estas son a la vez lingüísticas y performativas. En este artículo hemos mostrado la importancia de incorporar ambas dimensiones en el análisis de conmemoraciones, lugares de memoria y políticas del recuerdo. Es importante insistir en que el giro performativo de nuestra psicología social de la memoria no implica el abandono de su dimensión discursiva, sino su enriquecimiento a través del énfasis en prácticas de memoria mediante el uso de metodologías etnográficas que incorporen el diálogo semiótico-material.

Las conmemoraciones son una puesta en escena pública de las diversas memorias existentes en la sociedad. Así como ocurrió con ocasión de los 30 años del golpe de Estado en Chile (Fernández, 2006), las conmemoraciones de los 40 años, que ya están adquiriendo visibilidad, tienen la potencialidad de dinamizar y tensionar los debates y versiones que circulan en torno al 11 de Septiembre y la dictadura militar. Ello implica algunos desafíos para una psicología social de la memoria.

Por una parte, cabe considerar que esta conmemoración se dará en el contexto de un gobierno de derecha. Esto hace esperable cierto desplazamiento de sectores de izquierda o centro izquierda, ahora en la oposición, hacia posturas más radicales que las que tuvieron cuando se encontraban en el poder, cuando buscaban mantener la gobernabilidad propia del modelo cultural de la transición a la democracia, caracterizado por la contención de la conflictividad social y el consenso entre los bloques políticos mayoritarios (Del Campo, 2004). Liberados de sus compromisos gubernamentales, los partidos políticos de la Concertación de Partidos por la Democracia quedan menos constreñidos a limitar sus interpretaciones sobre el pasado y eventualmente entran a disputar un espacio en las posturas más cercanas a las agrupaciones de derechos humanos. Esto podría implicar ciertos cambios en la configuración de relaciones y disputas entre movimientos de derechos humanos y espacios e instituciones, que es importante no perder de vista.

Por otro lado, las convocatorias que están circulando en Chile para conmemorar los 40 años del golpe militar están haciendo un llamado a desplazar el foco del recuerdo desde las víctimas hacia la recuperación de las experiencias históricas y proyectos transformadores, con el fin de contribuir a las luchas del presente. Aunque esta propuesta no es nueva, sí muestra la voluntad de abrir las memorias victimizantes a otras

dimensiones, tales como las luchas políticas que llevaron a las víctimas a convertirse en tales, descentrando la reflexión de su figura y atendiendo más bien a los proyectos que sus luchas encarnaban. Resulta necesario estar atentos y atentas a los efectos de esta apertura, que podría contribuir a consolidar o tensionar las memorias dominantes, siempre incorporando en el análisis aquellas otras memorias construidas desde espacios sociales diversos y por otros sujetos que no vivieron directamente la represión política.

## REFERENCIAS

- Achugar, H. (2003). El lugar de la memoria, a propósito de monumentos (motivos y paréntesis). En E. Jelin & V. Langland (Eds.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (pp. 191-216). Madrid, España: Siglo XXI.
- Aróstegui, J. (2006). Traumas colectivos y memorias generacionales. En J. Aróstegui & F. Godicheau (Eds.), *Guerra civil: mito y memoria* (pp. 57-94). Madrid, España: Marcial Pons.
- Austin, J. L. (1962). *Cómo hacer cosas con las palabras*. Barcelona, España: Paidós.
- Bartlett, F. C. (1932/1995). *Recordar: estudio de psicología experimental y social*. [P. Soto & C. del Barrio, Trad.; Título original: *Remembering: A study in experimental and social psychology*]. Madrid, España: Alianza.
- Butler, J. (1997). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid, España: Síntesis.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México DF, México: Paidós.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Del Campo, A. (2004). *Teatralidades de la memoria: rituales de la reconciliación en el Chile de la transición*. Santiago, Chile: Mosquito Comunicaciones.
- Espinoza, A. E., Piper, I. & Fernández, R. A. (2013). The study of memory sites through a dialogical accompaniment interactive group method. A research note. *Qualitative Research*. Anticipo en línea de la publicación. doi:10.1177/1468794113483301 Extraído de <http://qrj.sagepub.com/content/early/recent>
- Fernández, R. (2006). *Memoria y conmemoración del golpe de Estado de 1973 en Chile: la marcha del 11 de Septiembre desde una perspectiva autoetnográfica* (Tesis de Magíster no publicada), Universidad ARCIS & Universidad Autónoma de Barcelona, Santiago, Chile.
- Fernández, R. (2012). *Manifestaciones conmemorativas, rituales ciudadanos y producción del espacio público. Santiago de Chile 1990-2010* (Tesis de Doctorado no publicada), Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.
- Flores, G., Íñiguez-Rueda, L. & Martínez, A. (2012). *Discurso y materialidad: pensar las prácticas semióticomateriales*. Manuscrito sometido para publicación.
- Gadamer, H. G. (1975/1993). *Verdad y método*. Salamanca, España: Ediciones Sígueme.

- Halbwachs, M. (1925). *Les cadres sociaux de la mémoire* [Los marcos sociales de la memoria]. Paris, Francia: Albin Michel.
- Halbwachs, M. (1950). *La mémoire collective* [La memoria colectiva]. Paris, Francia: Presses Universitaires de France.
- Íñiguez, L. & Antaki, C. (1998). Análisis de discurso. *Revista Anthropos*, 177, 59-66.
- Jelin, E. (2002). *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas infelices*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Jelin, E. & Langland, V. (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Magendzo, S., Rubio, M. & Aubel, B. (1999). Vivencia infantil del clima de violencia y represión bajo dictadura su relación con la constricción y el miedo, cuando jóvenes. *Psyche*, 8(2), 73-83.
- Middleton, D. & Brown, S. D. (2005). *The social psychology of experience: Studies in remembering and forgetting*. London, Reino Unido: Sage.
- Middleton, D. & Edwards, D. (1990/1992). Recuerdo conversacional: un enfoque sociopsicológico. En D. Middleton & D. Edwards (Eds.), *Memoria compartida: la naturaleza social del recuerdo y el olvido* [Título original: *Collective remembering: Inquiries in social construction*] (pp. 38-62). Barcelona, España: Paidós.
- Moscovici, S. (1984/1985). Introducción. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología social I* (pp. 17-37). Barcelona, España: Paidós.
- Nora, P. (1984). *Entre mémoire et histoire : La problématique des lieux* [Entre memoria e historia: la problemática de los lugares]. En P. Nora (Ed.), *Les lieux de mémoire*, Vol. I. [Los lugares de memoria] (pp. 23-43). París, Francia: Quarto Gallimard.
- Oddone, M. J. & Lynch, G. (2008). Las memorias de los hechos socio-históricos en el curso de la vida. *Revista Argentina de Sociología*, 6(10), 121-142.
- Piper, I. (2005). *Obstinaciones de la memoria: la dictadura militar chilena en las tramas del recuerdo* (Tesis de Doctorado no publicada), Departamento de Psicología Social, Universidad Autónoma de Barcelona, España.
- Piper, I. (2009). Investigación y acción política en procesos de memoria colectiva. En R. Vinyes (Ed.), *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (pp. 151-172). Barcelona, España: RBA.
- Piper, I., Arteaga, C., Escobar, M. & Reyes, M. J. (2009). Usos del espacio, identidades sociales y políticas del recuerdo: análisis psicosocial de lugares de memoria de los conflictos violentos de nuestro pasado reciente

(Proyecto FONDECYT N° 1070926). Santiago, Chile: Universidad de Chile, Departamento de Psicología.

Piper I., Escobar, M., Fernández, R. & Raposo, P. (2006). Memoria colectiva e identidades sociales: cuerpos, estéticas y espacios (Programa de Investigación 1104). Santiago, Chile: Universidad ARCIS.

Piper, I. & Hevia, E. (2012). Espacio y recuerdo: archipiélago de memorias en Santiago de Chile. Santiago, Chile: Ocho Libros.

Piper, I. & Montenegro, M. (2008). Análisis crítico de la categoría “víctima”: apertura para la acción política. *Actual Marx Intervenciones*, 6, 125-138.

Piper, I., Reyes, M. J. & Fernández, R. (2012). Women and public space: A psychosocial analysis of the monument “women in memory”. *Feminism & Psychology*, 22, 249-260. doi:10.1177/0959353511415966

Piper, I., Reyes, M. J. Fernández, R., Hevia, E., Badilla, M. & Olivari, A. (2011). Lugares de memoria en Santiago de Chile: análisis visual de la construcción de sujetos. En C. A. Cisneros (Ed.), *Análisis cualitativo asistido por computadora: teoría e investigación* (pp. 209-233). México DF, México: Universidad Autónoma Metropolitana/Miguel Ángel Porrúa.

Prado, M. I. & Krause, M. (2004). Representaciones sociales de los chilenos acerca del 11 de Septiembre de 1973 y su relación con la convivencia cotidiana y con la identidad chilena. *Psyche*, 13(2), 57-72. doi:10.4067/S0718-22282004000200005

Radstone, S. (Ed.) (2000). *Memory and methodology*. Oxford, Reino Unido: Berg.

Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española* (22ª ed., Vol. 2). Madrid, España: Espasa Calpe.

Reguillo, R. (2005, Octubre). Memorias, performatividad y catástrofes: cuidada interrumpida. Conferencia dictada en el Coloquio Políticas del Recuerdo: Dimensiones Performativas de las Conmemoraciones, Universidad ARCIS, Santiago, Chile.

Ricœur, P. (1984/1987). Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción [A. Neira, Trad.; Título original: Temps et récit II. La configuration dans le récit de fiction]. Madrid, España: Cristiandad.

Ricœur, P. (2001). De la fenomenología al conocimiento práctico: paisaje intelectual de mi vida. *Archipiélago: Cuadernos de Crítica de la Cultura*, 47, 31-40.

Rosa, A. (2001). Memoria colectiva, historia y futuro. *Psyche*, 10(1) 19-33.

Sarlo, B. (2005). Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

- Searle, J. (1965/1991). ¿Qué es un acto de habla? [L. Valdés Villanueva, Trad.; Título original: What is a speech act]. En L. Valdés Villanueva (Ed.), La búsqueda del significado (pp. 431-448). Madrid, España: Tecnos/ Universidad de Murcia.
- Taylor, D. (2005, Octubre). El espectáculo de la memoria: trauma, performance y política. Ponencia presentada en el Coloquio Políticas del Recuerdo: Dimensiones Performativas de las Conmemoraciones, Universidad ARCIS, Santiago, Chile.
- Tocornal, X. (2008). The Chilean memory debate: Mapping the language of polarization (Tesis de Doctorado no publicada), Loughborough University, Reino Unido.
- Vázquez, F. (2001). La memoria como acción social: relaciones, significados e imaginario. Barcelona, España: Paidós.
- Vázquez, F. & Muñoz, J. (2003). La memoria social como construcción colectiva: compartiendo y engendrando significados y acciones. En F. Vázquez (Ed.), Psicología del comportamiento colectivo (pp. 189-258). Barcelona, España: Editorial de la Universitat Oberta de Catalunya.
- Vinyes, R. (2009). La memoria del Estado. En R. Vinyes (Ed.), El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia (pp. 23-66). Barcelona, España: RBA.

## ● 72% de similitud general

Principales fuentes encontradas en las siguientes bases de datos:

- 72% Base de datos de Internet
- 0% Base de datos de trabajos entregados

### FUENTES PRINCIPALES

Las fuentes con el mayor número de coincidencias dentro de la entrega. Las fuentes superpuestas no se mostrarán.

1	<b>bibliotecadigital.uca.edu.ar</b> Internet	41%
2	<b>scielo.br</b> Internet	17%
3	<b>psicothema.com</b> Internet	9%
4	<b>tandfonline.com</b> Internet	2%
5	<b>comunicacionesantropologia.wordpress.com</b> Internet	2%

## ● Excluir del Reporte de Similitud

- Material bibliográfico
- Material citado
- Fuentes excluidas manualmente
- Material citado
- Coincidencia baja (menos de 15 palabras)
- Bloques de texto excluidos manualmente

---

### FUENTES SOLAPADAS EXCLUIDAS

**Submitted to COMO CITAR EN APA on 2023-10-06**

**72%**

Submitted works

### FUENTES EXCLUIDAS

**Montaño López Nicsia Nayeli. "La influencia de la cultura : liderazgo y engage..."** <1%

Publication

### BLOQUES DE TEXTO EXCLUIDOS

**Comportamiento colectivo y movimientos sociales: un reto para la Psicología Social**

www.tandfonline.com